BIBLIOTECA LÍRICO DRAMÁTICA Y TEATRO CÓMICO

Los Reyes del Tocino

(EL TIO SAM)

SÁTIRA DE COSTUMBRES NORTEAMERICANAS

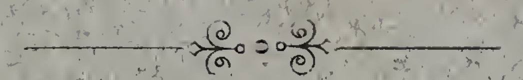
EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLO DE LA OBRA EN CUATRO ACTOS ESCRITA EN FRANCÉS
POR VICTORIANO SARDOU, *El Tío Sam*

ADAPTADA A NUESTRA ESCENA

POR

ANTONIO SOTO Y HERNANDEZ



MADRID.—1898

ARREGUI Y ARUEJ, EDITORES

GREDA, 15, BAJO

Los Reyes del Tocino

LOS REYES DEL TOCINO

(EL TIO SAM)

COMEDIA SATÍRICA

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ARREGLADA Á NUESTRA ESCENA POR

ANTONIO SOTO Y HERNANDEZ

MADRID—1898
Casa editorial de Arregui y Aruej
GREDA, 15

PERSONAJES

SAMUEL TAPPLEBOT.
ROBERTO GARCÍA.
FRANCISCO FERNÁNDEZ.
ELÍAS (periodista).
ALEJANDRO (abogado).
EL CORONEL NATHANIEL.
JIP.
ULISES TAPPLEBOT (hijo de Samuel).
JEREMÍAS (pastor protestante).
TOG (criado).
ROBINSÓN (negro).
GODWIN.
LA SEÑORA DE MONTE-ROCA.
SARA (sobrina de Samuel).
ISABEL (BEL) (hija de Samuel).
ÁNGELA (hija de Samuel).
BETSEY (profesora de piano).
LUCRECIA.
LIDYA.
OLIMPIA.
CAMILA.
FANNY.
MISTRESS GODWIN.

La acción en los Estados Unidos

ÉPOCA ACTUAL

DERECHA É IZQUIERDA LAS DEL ACTOR

ACTO PRIMERO

Saloncito de un vapor. En el foro, á derecha é izquierda dos escaleras que se supone conducen á la cubierta; entre ambas dos grandes ventanales redondos, á través de los cuales se verá fondo de cielo fuertemente iluminado. En los dos primeros términos, derecha é izquierda, mamparas; en la de la derecha, inscripción en letras doradas que dice: «Salón de señoras». *Los segundos términos abiertos. En el centro, columna sosteniendo el techo, y alrededor de su base un* pouf. *Divanes, butacas, cómodas, sillas, piano, jarrones con plantas, cuadros y alfombra. Una mesita con servicio de agua. Repartidos en las paredes algunos carteles que digan con grandes letras:* «Cuidado con los ladrones».

Al levantarse el telón se oye dentro música que ejecuta una polka. *Varios viajeros pasean por el salón, y desaparecen poco á poco durante la escena primera.*

ESCENA PRIMERA

FRANCISCO *y* ROBINSÓN. *(Francisco tendido sobre un diván y abrazado á la caja de un violín, se despierta bruscamente al oir la música.*

FRANC. ¡Maldita música! *(Cesa la música. Los viajeros desaparecen.)* Vamos, parece que me dejan tranquilo. *(Echándose.)* Al banco, tío Roque.

ROBINS. *(Por segundo término derecha.)* ¿Llamar el señor?

FRANC. No. *(Medio mutis de Robinsón.)* Oye, ¿á qué hora llegamos á Nueva York?

ROBINS. Pronto, pronto. Barco andar mucho.

FRANC. Bueno; pero ¿á qué hora?

ROBINS. Capitán, bueno.

FRANC. ¡Bueno! *(Suena una campana.)* ¿Qué es esto? ¿Nos paramos ya?

ROBINS. Sí. Estación. Tomar pasaje.

FRANC. ¿Más todavía? Pues ni las sardinas.

ROBINS. Barco grande, grande. *(Por una de las escaleras descienden viajeros que atraviesan la escena, desapareciendo por los segundos términos.)*

FRANC. (*Imitando á Robinsón.*) Bien; ¿y á qué hora llegar, llegar?

ROBINS. Barco andar mucho.

FRANC. (*Arrellenándose para dormirse.*) Que te alivies, rubito. (*Vase Robinson.*)

ESCENA II

Dichos y ROBERTO.

ROB. (*Bajando por la escalera de la derecha en traje de viaje.*) Este es el salón de los hombres... muy bien... aquél el de las señoras... Ella estará allí... (*Acercándose á Francisco.*) Buenas tardes (*Ap.*)

FRANC. Felices... ¡Calla... Roberto!

ROB. ¡Francisco!

FRANC. ¿En América? ¿Quién diría?

ROB. Verdaderamente. (*Se estrechan las manos.*) Yo vengo á divertirme, ¿y tú?

FRANC. Yo, á divertir á los demás. Soy violinista.

ROB. ¡Bravo!... Ya te lo dije en el colegio: tú serás artista y te morirás de hambre.

FRANC. Para lo primero me falta mucho; para lo segundo muy poco.

ROB. (*Con ternura.*) Pobre amigo. No te apures, que aquí estoy yo. Vengo por el Canadá. Me aburría en Madrid y decidí correr el mundo. Los Estados Unidos me atraían. He oido tantos elogios de este país... dicen que es un modelo.

FRANC. Pst... de todo habrá... Yo vengo de Montreal y voy por vez primera á Nueva York á dar un concierto en la Sala Steinway (1). No espero éxito. Esta gente es tan fría... tan ordinaria.

ESCENA III

Dichos, la señora de MONTE-ROCA *y* ELÍAS.

MONT.-R. (*Acercándose á Roberto.*) Dispense usted, caballero. (*Roberto y Francisco se levantan y saludan.*) ¿Son ustedes españoles?

ROB. En efecto, señora.

MONT.-R. ¿Lo ve usted, Elías? Ha perdido usted. (*A Roberto.*) He apostado con este caballero á que ustedes eran españoles; lo conocí en la manera de quitarse el sombrero para saludarme sobre cubierta.

ELÍAS. ¿Eso quiere decir que los americanos somos impolíticos con las damas?

MONT.-R. No tanto... pero... en fin... para ustedes, quitarse el sombrero es un gasto de fuerza inútil. No mueve ninguna máquina.

---

1) Pronúnciese *Stánguay.*

ROB. Permita usted, señora, que la presente á mi amigo Francisco Fernández, español como yo.

MONT.-R. Y como yo. Aquí está mi mano. *(Se estrechan las manos.)* Tan lejos de España, un compatriota es un amigo. *(Presentando á Elías.)* D. Elías Cleveland, periodista. *(Sentándose en un diván.)* Buena persona; un mirlo blanco americano.

ROB. Dispense usted. *(Le coge el guardapolvo que coloca en una silla.)* Mi amigo es un artista de mérito.

FRANC. Que ha tenido la candidez de venir á estas tierras á tocar el violín.

MONT.-R. Otro gasto de fuerza inútil. Yo vine con mi esposo á recoger una herencia; apenas desembarcamos tuve la desgracia de perderle. Quedé sola y envuelta en un litigio. *(A Roberto.)* ¿Usted no viene á recoger nada?

ROB. Impresiones.

MONT.R. Pues bien... mis terrenos, porque se trataba de unos terrenos, estaban en la frontera de *Connecticut* y de *Massachussets*, y como cada sitio tiene su legislación particular, cuando ganaba en un lado perdía en el otro. Acepté una transacción al precio de cuarenta mil dollars, y Dios sólo sabe lo que me está costando recuperarlos. Pero yo lo conseguiré, y veremos si una madrileña no es más lista que tres yankees.

ELÍAS. Eso es hablar á la americana. Desengáñese usted nuestro país es un modelo. Cada raza tiene sus defectos y sus virtudes. Ustedes, todos los méritos y todos los vicios de la edad madura. Nosotros, todos los de la pubertad. Aquí somos atrevidos, allá rutinarios. Aclamamos á un inventor, aunque sea charlatán. Ustedes le desprecian, aunque tenga genio. Que un industrial se arruina y cae, ustedes le aplastan, nosotros le damos la mano. En fin; ustedes son el padre, nosotros el hijo; concedámonos, pues, lo que tenemos de bueno en vez de disputar sobre lo que tenemos de malo.

ROB. Lo cierto es que se trata de un país muy raro. Yo he visto esta mañana una ligera muestra de sus costumbres estrambóticas.

FRANC. ¿Donde?

ROB. En *Wespoint*, al bajar del tren. Oí á lo lejos una murga infernal; me acerco, y veo entre la gente un hombre tocando el cornetín; dicho individuo se encarama en el tronco de un árbol y pronuncia un violento discurso contra los alcoholes, aguardiente, rom y wisky, fuentes de todos los crímenes... «Lo que es preciso beber, hijos míos, es esto: el *Vermout indiano reparador*; frasco, medio dollar; depósito, 173, 22.ª avenida, farmacia *Pipson.*» Pregunté á un curioso quién era aquel tipo. «Es el reverendo Jeremías Buxtón.» ¿Un reveren-

do?—dije yo.—Es extraño. «No ve usted—replicó —que se trata de un ejercicio religioso.»

ELÍAS. Claro; un *Camp-meeting*. Por cierto que Jeremías regresa á Nueva York en este barco con la mitad de su público.

MONT.-R. Del cual forman parte tres señoritas encantadoras. *(A Roberto, sonriendo.)* ¿No es verdad?

ROB. *(Riendo.)* ¡Ah! ¿Lo ha notado usted? Confieso que me han llamado la atención.

ELÍAS. ¿Hablan ustedes de esas muchachas que llevan sombreros con plumas?

ROB. Sí.

ELÍAS. La hija segunda y la sobrina del viejo Sam.

ROB. *(Interrumpiéndole.)* ¿El viejo Sam?

ELÍAS. Samuel *Tapplebot*. Uno de los comerciantes más ricos de la quinta avenida

MONT.-R. Vendedor de cerillas á los doce años, embalador á los diez y siete, fabricante de betún á los veinte; y después tan pronto enriquecido por el cacao como arruinado por el tabaco; subiendo con el añil, bajando con el tocino, hasta quedar definitivamente sentado sobre el guano... Él no toca nada que no se convierta en oro. Fundador de Bancos y de caminos de hierro: traficante de terrenos en el *Far West*, donde una ciudad lleva su nombre antes de ser edificada: levantándose diariamente á las seis de la mañana para ir en ómnibus á la oficina; dispuesto á echar á cualquiera al agua por cien dollars, y á pedirle doscientos por salvarle; el viejo Sam es el tipo acabado del verdadero americano que va derecho á su objeto con la mirada fija en estos tres faros: la utilidad, como fin; la habilidad, como medio, y el éxito, como moral.

ELÍAS. ¡Buen retrato!

MONT.-R. *(A Elías.)* ¿También usted le conoce?

ELÍAS. Ya lo creo. Fué mi suegro durante seis meses.

MONT.-R. ¡Ah! ¿Usted?

ELÍAS. Me casé con Isabel, su hija mayor.

FRANC. ¿Y tuvo usted la desgracia...

ELÍAS. No, la suerte. Me divorcié.

ROB. Con esa facilidad.

MONT.-R. ¡Oh! aquí es lo corriente!

ROB. ¡Buenas costumbres!

ELÍAS. ¿Por qué? El primer interés de un pueblo que coloniza es poblar. Si no hay afectos no hay hijos, y la ley obra muy cuerdamente al decir: al que no se multiplique, lo divido.

FRANC. ¿Y se ha vuelto usted á casar?

ELÍAS. No; pero mi señora, según me han dicho, se ha unido nuevamente con un asociado de su padre, el coronel Nathaniel *Fiibourty*.

MONT.-R. *(Vivamente.)* ¿El que vende terrenos?

ELÍAS. Sí, un hombre del Oeste, el yankee de otros tiempos. Un tipo que se va.

ROB. ¿Y coronel de...

MONT. R. De cualquier cosa; aun ha tenido la modestia de no hacerse general. *(A Elías.)* Trato un negocio con el viejo Sam. ¿Dónde vive?

ELÍAS. En el Hotel de la quinta avenida, con toda su familia.

ROB. ¿Compuesta de...

ELÍAS. Cuatro personas. La madre murió Isabel, la mayor, veinticuatro años, mi ex-mujer. Un joven, Ulises, veinticinco años, hombre de negocios. Ángela, hija segunda, diez y nueve años, soltera, y además Sara, una sobrina educada por el viejoSam como sus hijas.

ROB. ¿Entonces las tres que viajan en el vapor?...

ELÍAS. Son Ángela, Sara y miss Betsey, su profesora de piano.

ROB. ¿Y cómo van solas?

ELÍAS. En esto llevamos á ustedes gran ventaja. Todo su método de educación descansa en este falso principio; la inexperiencia necesita un guía; el nuestro, en cambio, se basa en el siguiente aforismo: ¿Quiere usted que sus hijas aprendan á nadar? Pues échelas al agua.

FRANC. ¿Y si se ahogan?

ELÍAS. Nunca. Algunas veces se van á fondo, pero las pescamos en seguida.

MONT.-R. Y sin consecuencias. Es admirable la mujer americana. *(A Roberto.)* Se la recomiendo á usted. Coqueta por temperamento: tan pronto sentada sobre las rodillas de uno, como mecida en los brazos de otro, acaba por encontrar un valiente que, cargando con los restos de aquel naufragio, se queda, tan satisfecho. En fin, amigo mío, usted juzgará; pero ante todo le advierto que esas deliciosas criaturas, tan rubias, tan vaporosas, no van sino á caza de maridos. Aquí la divisa del hombre es hacer fortuna á toda costa. La de la mujer, una buena boda. Usted es joven, soltero, ¿rico?

FRANC. Y noble, marqués.

MONT.-R. ¿Marqués? Se lo rifarán á usted.

ROB. ¿Por el titulo?

MONT.-R. Ni más ni menos. *(Sonido de campanas.)*

ROB. ¿Atracamos?

ELÍAS. Para tomar viajeros. *(Mirando su reloj.)* La última estación. Dentro de una hora estaremos en Nueva York.

ESCENA IV

Dichos, ALEJANDRO *y* ROBINSÓN. *(Alejandro entrando muy deprisa con un periódico en la mano y una toga al brazo, hablando á Robinsón que le sigue.)*

ALEJ. Un *Wisky.*

ROB. Bien. *(Alejandro va á sentarse á la izquierda, delante de la mesita, sin saludar á nadie, leyendo el periódico y dirigiendo á Elías una rápida mirada.)*

ELÍAS. *(En voz baja.)* ¡Calla!... Alejandro... mi ex-primo... el sobrino del viejo Sam... un abogado á quien odio, aunque defendió el divorcio de mi mujer.

ROB. Es simpático.

ELÍAS. Sí, pero un pillastre.

ESCENA V

Dichos y GYP.

GYP. *(Con un ojo vendado, un bastón enorme y un periódico.) (A Robinsón, que sirve á Alejandro.)* Robinsón, un *claret punch.*

ROBINS. Bien.

FRANC. *(A Monte-Roca.)* ¡Otro periódico!

ELÍAS. Aquí todos lo llevan.

GYP. *(Acercándose á Alejandro, que sigue leyendo.)* Felices, D. Alejandro. ¿Qué tal?

ALEJ. Hola, Gyp. Bien. ¿y usted? *(Se dan un fuertísimo apretón de manos.)*

GYP. Perfectamente.

ROB. ¡Buen apretón de manos! *(Robinsón sirve á Gyp.)*

ALEJ. ¿Se ha embarcado usted ahora?

GYP. No. Llego de Albany, donde he hecho una elección.

ALEJ. *(Señalando la venda.)* Ya, ya se conoce. *(Riendo.)* Aquello estaba revuelto, ¿eh?

GYP. Ya lo creo

ALEJ. Siempre tan activo.

GYP. Más que nunca. Para organizar las ovaciones y las músicas soy el número uno. Para los anuncios, los discursos y demás, no hay quien me aventaje... y en tomando yo parte con mi *club*... *(Enarbolando el bastón.)*

ALEJ. ¿De modo que los demócratas?

GYP. Destrozados. Ellos presentaban para *Alderman* á á ese animal de *Sannderson.* Yo defendía á *Togby.* Llevábamos la mejor parte, cuando el contrario tuvo una idea...

ALEJ. ¿Cuál?

GYP. Tres días antes de la elección, un saltimbamqui

contratado por ellos anunció la exhibición de una foca sabia. ¡Pero qué foca, D Alejandro! Tocaba el piano y bordaba en colores.

ALEJ. *(Riendo.)* ¡Magnífico!

GYP. Todos corrían á verla y Sannderson se aprovechó para lanzar su candidatura .. Estábamos perdidos, cuando tuve una inspiración. Pongo anuncios así *(señalando):* «Togby, candidato republicano, *zapatero,* ZAPATERO, ZAPATERO. Dos veces al día fabricará á la vista de los electores un par de zapatillas para los pobres de Albany.» Vencida la foca *(bebiendo)* y Sannderson, tamañito.

ALEJ. Eso es trabajar. Mi enhorabuena.

GYP. *(Sentado en el diván; las piernas sobre el respaldo de una silla y colgando.)* ¿Y los negocios de usted, cómo van?

ALEJ. Trabajo más que puedo.

GYP. Esplota usted una famosa especialidad: el divorcio.·. de grandes rendimientos.

ALEJ. Y las seducciones tampoco marchan mal.

MONT.-R. *(A Elías aparte.)* Las jóvenes que nadan.

ALEJ. *(A Gyp.)* Este mes he tenido cinco rupturas de promesa con daños y perjuicios.

GYP. Ya sabe usted que si necesita que le trabaje un jurado... para eso ó para cualquier otra cosa.

ALEJ. Ya, ya.

GYP. *(Sacando anuncios que reparte entre todos los personajes.)* Tengo testigos de todas clases, á precios de saldo.

ALEJ. *(Poniéndose en pie.)* Ya hablaremos. ¿Por qué no va usted á ver á mi tío?

GYP. ¿El viejo Sam?

ALEJ. Se presenta candidato al consejo municipal.

GYP. ¡Vaya un capricho!

ALEJ. ¿Por qué?

GYP. Si tuviera que robar... comprendo que fuese... pero él no lo necesita.

ALEJ. Su idea llevará. Yo le apoyaré con los bomberos. Para algo soy comandante.

GYP. Claro.

ROB. *(Sorprendido, á Elías)* ¿De bomberos?

ELÍAS. De bomberos aficionados... no tenemos otros.

ALEJ. ¿Quiere usted que le presente á Sam?

GYP. Con mucho gusto.

ALEJ. A las cinco en el hotel de la quinta avenida. Yo estaré allí. Mis señas son...

GYP. Las tengo. *(Leyendo en el periódico.)* Alejandro Fairfax. «Seducción, divorcio, poligamia, poliandria y *anexos.*»

ALEJ. Exacto. *(Viendo al coronel.)* Hola... el coronel.

ESCENA VI

Dichos y NATHANIEL, *bajando por la escalera de la derecha con un gran periódico en la mano. Enormes zapatos, paraguas, sombrero gris.*

ELÍAS. *(A la señora de Monte-Roca.)* Mi sucesor. *(A Roberto.)* Hombre del Oeste... desconfíe usted de él.

MONT.-R. ¡Ah!... ¿El segundo marido?

ELÍAS. De mi mujer, eso es.

GYP y ALEJ. *(Con alegría.)* Adiós, coronel...

NATH. Ah.. ¿qué tal?... ¿cómo va? *(Se dan apretones de manos con vigor extraordinario, acompañado de risas, gritos, etc.)*

FRANC. *(Riendo.)* ¡Qué maneras!... Así se saludan las mulas en mi tierra.

ALEJ. ¿Un *julep?*

NATH. *(A Robinsón.)* No, un *Brandy-cocktail.*

GYP. ¿Viene usted del Oeste

NATH. De *Tapplebot-City.*

ELÍAS. *(A Monte-Roca.)* La ciudad del viejo Sam.

MONT.-R. Por desgracia la conozco. Me vendieron terrenos improductivos, engañándome miserablemente.

ALEJ. ¿Cómo está aquello?

NATH. Un edén.. un oasis... y además es un país tan sano... *(Busca una silla, coge la que ocupa el guardapolvo de la señora de Monte-Roca,* y *se dispone á arrojarle sobre cualquier mueble.)*

MONT.-R. *(A Elías.)* Sí... muy sano... todo pantanos. *(Levantándose vivamente y en voz alta.)* Eh.. coronel .. mi guardapolvo. *(Se le quita de las manos.)*

NATH. ¡Ah. . sí!... *(Mirándola sorprendido.)* Esa cara...

MONT.-R. *(Sonriendo.)* Una antigua conocida... Le he comprado á usted terrenos allá... en el oasis.

NATH. *(Recordando.)* Sí, sí. *(Mirándola con curiosidad.)* ¿Y qué tal va?

MONT.-R. A pesar de eso... bien; ya lo ve usted...

NATH. *(Aparte, muy asombrado.)* Y tiene razón... está buena... ¡cosa rara! *(Volviéndose á Gyp y Alejandro.)* Les decía á ustedes que... *(Coge el sombrero de Roberto, que está en otra silla,* y *se dispone á arrojarle en cualquier parte.)*

ROB. *(Vivamente.)* Eh... amigo... ¡mi sombrero!.. *(Alarga la mano para cogerle.)*

NATH. *(Mirando el sombrero.)* Fieltro catalán, ¿eh? *(Leyendo en el forro.)* Barcelona... pelo... de cabra. *(Arrancando el pelo.)* Se cae enseguida.

ROB. *(Arrebatándoselo.)* Permita usted... *(Aparte.)* ¡Qué bruto!

NATH. ¿Viene usted de Europa?

ROB. Sí, señor.

NATH. ¿Y cómo marcha esa vieja loca?

FRANC. *(Aparte á Monte Roca.)* Yo le suelto una fresca á este cuadrúpedo.

MONT.-R. No haga usted tal...

NATH. ¡Ah, joven!... Va usted á contemplar un luminoso espectáculo. El país de la libertad. Este, sí señor. *(Golpeando el suelo con su paraguas.)* De la igualdad. Aquí no existen esas divisiones de castas y razas que ustedes sostienen. . esos signos de la vanidad... esas condecoraciones... esos galones... esos títulos.

ROB. Bien, ¿y qué?

NATH. Añada usted el clima... el sol expléndido.

ROB. Lo que es á sol no nos ganan ustedes. El de mi país...

NATH. Es un sol viejo, cansado de alumbrar, que no vale nada. Por eso no tienen ustedes sangre... están todos anémicos.

ROB. *(Incomodado.)* Oiga usted... poco á poco... *(Monte-Roca le calma.)*

NATH. *(Acercándose á Francisco.)* Vea usted estos pies, amigo. Esto es lo que yo llamo pies de hombre.

FRANC. *(Contemplándolos.)* Hermosos, sí señor. *(Aparte.)* Yo los llamaría de mozo de cordel. Parecen dos acorazados.

NATH. Ah... el viejo mundo... *(Acercándose á Alejandro y á Gyp.)* Alejandro, escuche usted bien esto. Yo, el coronel Nathaniel *Fliburty*... declaro ante la faz de Europa, que jamás podrá hacer nada sin contar con nosotros. *(Pone el paraguas sobre la mesa á guisa de bandera.)*

LOS TRES. ¡Jamás!

FRANC. *(A Monte-Roca.)* ¿En dónde le pego?

MONT.-R. *(Riendo.)* No haga usted caso.

ESCENA VII

Dichos é ISABEL.

NATH. ¡Ah... la coronela!... Venga usted acá. *(Alejandro saluda á Isabel, estrechando su mano con gran fuerza. Igual repetición de gritos, exclamaciones, risas, etc., que en la escena anterior. El coronel la presenta á Gyp.)*

ELÍAS. *(A Monte-Roca.)* Mi ex mujer.

ISABEL. *(Reparando en Elías; dando un grito de alegría.)* ¡Elías!

ELÍAS. Señora...

ISABEL. *(Acercándose á él y estrechando su mano con fuerza.)* ¿Usted por aquí? ¡Cuánto celebro verle!

ELÍAS. Yo también. Después de tanto tiempo...

ISABEL. ¿No conoce usted al coronel?

ELÍAS. No.

ISABEL. Les presentaré. Se alegrará mucho. (*Llamando.*) Coronel. (*Nathaniel se acerca y los presenta mutuamente.*) El Sr. Elías Cleveland, mi primer esposo. El coronel *Flyburty*; mi segundo esposo. (*Les deja saludándose y vase por la izquierda.*)

NATH. Tengo mucho gusto...

ELÍAS. Coronel, soy su más adicto amigo.

ROB. (*Aparte.*) ¡Qué par de sinvergüenzas!

NATH. (*Acercándose á la mesa*) ¿Quiere usted tomar algo?

MONT.-R. (*A Roberto.*) Después de ver esto, nada puede sorprendernos.

ESCENA VIII

Dichos, SARA, ÁNGELA Y BETSEY. (*Salen del salón de señoras.*)

MONT.-R. (*Al verlas. A Roberto.*) Atención. Las hijas de Sam.

ROB. Ah... por fin... (*A Francisco.*) Mira qué rubia.

LAS MISSES. (*Riendo. Al coronel, Alejandro y otros pasajeros amigos que se acercan á ellas saludándolas sin quitarse el sombrero.*) Ah... buenos días... ¡Calla!... Alejandro y el coronel...

ALEJ. Y NAT. ¿Qué tal?

TODAS. (*Saludándole con algazara.*) Muy bien... perfectamente .. celebramos mucho..

FRANC. ¡Dios mío!... ¡Qué apretujones!

ROB. (*Sentado en un diván.*) Se acercan. (*Se dispone á levantarse.*)

MONT.-R. (*Deteniéndole.*) No salude usted primero.

ROB. Ah... ¿no debo?...

MONT.-R. Nunca. Es preciso que ella le hable antes.

ROB. ¡Qué rarezas!... (*Sara se acerca al diván hablando con Alejandro. Al ver á Roberto sentado en él, para hacerle levantar le da algunos golpecitos en la espalda con su abanico. El se levanta vivamente y se inclina.*)

MONT.-R. (*Aparte á Roberto.*) No salude usted. (*Sara, sin hacerle caso ni mirarle, se sienta en el sitio que dejó Roberto, y continúa su conversación con Alejandro.*)

ROB. (*A Monte-Roca.*) Pero si me ha dado golpecitos...

MONT.-R. Porque quería el asiento. Nada más.

ROB. Ya. ¿Es costumbre?

MONT.-R. Sí.

ROB. ¿Y no se dan las gracias?

MONT.-R. No. (*Las otras misses se sientan. Francisco se acerca á ellas examinándolas con curiosidad. Betsey, viéndole cerca de ella, le alarga un vaso de agua que acaba de vaciar, y que la molesta, para que lo lleve á la mesa. Todo sin casi mirarle.*)

FRANC. (*Sin comprender.*) Gracias. No tengo sed. (*Ella se vuelve asombrada y le mira fijamente.*)

ELÍAS. (*Vivamente, acercándose y tomando el vaso.*) Dispense usted, miss Betsey. Los señores son extranjeros y...

SAR. ANG. BET. (*Examinándolos con interés.*) Ah... bien... bien. (*Se ríen. Betsey mira á Francisco con sus impertinentes.*)

ELÍAS. El señor... (*A Roberto.*) ¿Se llama usted?

ROB. Roberto García.

ELÍAS. (*A las* misses.) Roberto García.

TODAS. ¡Ah!... Muy bien... muy bien.

SARA. (*A Roberto, alargándole la mano.*) Francés, ¿no es verdad?

ROB. Español, señorita.

ANG. BET SAR. ¡Ah.. . español!... Muy bien. (*Le miran con impertinencia. Le estrechan la mano.*)

ELÍAS. ¿Y el señor?... (*A Francisco.*)

FRANC. (*Saludando.*) Francisco Fernandez.

ELÍAS. (*A las* misses.) Francisco Fernández. (*Apretones de manos.*)

SARA. (*A Roberto*) ¿Es la vez primera que viene usted á los Estados Unidos?

ROB. La primera, señorita.

SARA. Mala época de negocios. Atravesamos una crisis...

TODAS. Sí, sí; es cierto.

ANG. (*Con interés.*) ¿Usted trata en azúcar ó en algodón?

ROB. ¿Yo?... Ni en azúcar ni en algodón.

BETSEY. Es lástima. Los algodones están en alza.

ROB. (*Asombrado.*) ¿Sí?... ¿Con que los algodones?... ¡Vaya, vaya!

FRANC. (*A Monte Roca.*) ¿Que le importará eso?

BETSEY. Hay buenas operaciones sobre los cueros.

ROB. ¡Ah... los cueros!... ¡Vaya, vaya!

ISABEL. (*Que había entrado antes de las presentaciones.*) Diga usted. ¿Van ustedes á mantener en España el impuesto sobre las materias primas?

ROB. ¿Las primas?... Pues... la verdad .. no lo sé... no me acuerdo... Diré á ustedes. Yo no soy comerciante.

TODAS. (*Con desdén.*) ¡Ah!...

ROB. Como tengo mi fortuna hecha...

TODAS. (*Vivamente, acercándose más á él.*) ¡Ah!. .

BETSEY. ¿Y su amigo de usted?

ROB. Es un violinista célebre.

TODAS. (*Riéndose con desprecio.*) Ay... el violín.

FRANC. (*Incomodado.*) Sí, el violín... ¿qué hay? .. más vale eso que comerciar en cueros... Cada uno toca lo que puede...

ANGELA. ¿Y le produce mucho dinero?

MONT.-R. (*Cortando la palabra á Francisco.*) Gana lo que quiere.

TODAS. ¡Ah! Eso es diferente. Felicitamos á usted.

FRANC. Gracias.

SARA. (*A Roberto con coquetería.*) Vamos á ver, con fran-

queza. ¿Qué es lo que más le ha gustado á usted desde que está en América?

ROB. Usted, señorita.

SARA. ¿De veras? Nos parecemos tan poco á las Europeas...

ROB. Será por eso.

SARA. Ellas no pueden dar un paso sin preguntar: ¿Mamá ¿Dónde está mamá?

BETSEY. Como los niños. (*Todas se ríen.*)

ROB. Confieso que tiene usted razón.

ISAB. (*Viendo á Camila que entra por el foro con otros viajeros, entre los cuales viene Jeremías.* ¡Camila!

ROB. (*A Sara, que se levanta.*) ¿Es amiga de usted?

SARA. Sí.

FRANC. ¡Qué barbiana!

SARA. Y muy lista. Es la oradora más elocuente de la secta del amor libre.

ROB. ¿Del amor...

SARA. Libre. Ustedes no tienen eso por allá. Es una secta muy floreciente aquí, que predica contra la inmoralidad del matrimonio.

ROB. ¿Y prescinde de sus encantos?

SARA. Perfectamente.

FRANC. (*Vivamente.*) Pues eso lo tenemos en España.

SARA. Quiá.

FRANC. ¡Vaya! ¿Señoritas que prescinden? á puñados.

SARA. ¡Ah, sí! Lo que en París llaman...

ROB. (*Tímidamente.*) *Cocottes.*

SARA. ¡Qué comparación! Gracias á Dios, aquí no existe esa especie.

ROB Y FRAN. (*Con incredulidad.*) ¡Parece mentira!

SARA. Ni una.

ROB. Sin embargo, por poco que una señorita practique esas teorías...

SARA. No tiene que ver. Es su religión (*Los deja, acercándose á Camila.*)

FRANC. En ese caso ..

ROB. (*Reconociendo á Jeremías.*) ¡Hombre! El clérigo del cornetín.

MONT.-R. Jeremías Buxton.

ROB. ¿Le conoce usted?

MONT. R. Un farsante.

ROB. ¿También defiende el amor libre?

MONT.-R. No. Es perfeccionista, predica, además del vermouth, el matrimonio espiritual.

ROB, ¿Y con qué se come eso?

MONT.-R. Verá usted. El matrimonio, á nuestra usanza, es puramente terrestre.

ROB. ¿Y el suyo, marítimo?

MONT.-R. No. Su distintiva consiste en casarse de intención. Para la otra vida. Permite tomar por esposa espiritual á la mujer del prójimo. cuyo prójimo tiene á su vez el mismo derecho.

ROB. No puede ser más espiritual. ¿Y se admite? (*Jeremías se acerca dando el brazo á una joven; detrás viene un caballero con una porción de libros bajo el brazo.*) Regla general. Aquí cuando un vicio quiere ocultarse se hace religión, y todos lo aceptan.

MONT.-R. Aquí viene Jeremías. ¿Quiere usted que se le presente?

ROB. Bueno.

MONT.-R. (*A Jeremías.*) Reverendo. Dos compatriotas míos, españoles.

JER. ¡Ah! Permítanme ofrecerles... (*Coje de manos del caballero que le sigue varios libros de colores chillones y se los entrega á la señora de Monte Roca*), algunas de mís conferencias sobre el matrimonio...

ROB. ¿Espiritual? Muchas gracias.

MONT.-R. (*Entregando á Roberto y á Francisoo algunos de los libros.*) Bonitos títulos, ¿verdad?

ROB. Preciosos.

MONT.-R. (*Leyendo.*) «El edredón celeste», «La manta de la eternidad».

FRANC. Son títulos de abrigo, y debajo pone. Vermouht indiano...

ROB. Reparador.

MONT.-R. No pierden ripio.

JER. (*A la señora de Monte Roca.*) Tengo elgusto de presentar á usted á mi esposa espiritual, Misstres: Godwin, la señora terrestre de este caballero. (*Indicando al personage portador de los libros.*)

GODWIN. (*Saludando sumamente satisfecho.*)Mi mujer.

MONT.-R. Que sea enhorabuena. (*Jeremías avanza hacia el foro dando el brazo á la señora de Godwin. Godwin los sigue.*)

FRANC. (*Riendo.*) ¡Que barbaridad!

ROB. (*Tapandole la boca.*) ¡Calla, imprudente! (*Isabel toca el piano, el salón se llena de viajeros de ambos sexos. Todas las mujeres rodean el piano; los hombres todos, sentados, con los sombreros puestos y los pies sobre los muebles más cercanos, en posiciones muy extravagantes. Cantan desaforadamente, concluyendo con gritos de ¡Hip, hip! ¡Hurrah, hurrah!*

FRANC. (*Asustado, tapándose los oidos.*) ¿Qué escándalo es este?

MONT.-R. Un concierto.

FRANC. ¡Qué profanación!

ROB. (*Mirando á su alrededor.*) ¡Bonito cuadro!

MONT.-R. La postura nacional. Enseñan antes los pies que la cara. En el Congreso hacen lo mismo. (*Campana dentro anunciando la llegada. Cesa el piano. Todos se levantan prorrumpiendo en exclamaciones de alegría, cogen sus abrigos, objetos y desfilan por las escaleras del foro.* Ya estamos en Nueva

York. (*Invaden el salón siete ú ocho pilluelos desarrapados que entran por puertas, corredores, escaleras y ventanas cargados de periódicos enormes, empujando á los viajeros y gritando*): ¡«New York», «Times», «New York Telegraph»; «New York Tribune»! (*Otros con cajas de limpia botas gritan*): Se limpian botas!.

ROB. ¡El juicio final! ¡Qué periódicos y qué gritos!

MONT.-R. (*A Roberto.*) ¿Dónde se hospeda usted?

ROB. (*Mirando á Sara que se acerca á un diván para coger su abanico.*) En el hotel de la quinta avenida.

MONT.-R. Cerca de ella. ¡Ah, marqués, marqués!

SARA. (*Que ha oído las últimas palabras.*) ¡Cómo! Es marqués. (*Vase foro saludando á Roberto con un gracioso mohín. Alejandro la da el brazo.*)

ROB. (*Extasiado.*) ¡Qué mirada!

MONT.-R. (*Deteniendo á Roberto.*) ¡Incendiaria! Antes de separarnos oiga usted un consejo. (*Señalando á los carteles.*) ¿Ha leído usted eso?

ROB. Sí. Cuidado...

MONT.-R. Con los ladrones. Pero tenga usted presente que los hay de efectos y de afectos.

ROB. (*Riendo.*) Gracias. (*La ofrece el brazo.*)

MONT.-R. (*Rehusando.*) No, no, corra usted, que se pierde de vista.

ROB. (*Saludando.*) ¿Vienes, Paco? (*Váse foro precipitadamente seguido de Francisco.*)

MONT.-R. (*Aceptando el brazo que le ofrece Elías.*) Vamos Elías. Nosotros, por desgracia, somos personas formales.

Telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO

Salón ochavado de la familia Samuel en el hotel de la 5.ª avenida. Puertas laterales en primero y segundo termino. En el foro, rompimiento que da acceso á otro salón, cuyo foro es una galería de cristales. En las ochavas, en una, chimenea con espejo y en la otra, consola con ídem. Muebles suntuosos de todas clases y estilos esparcidos por los dos salones Lámpara eléctrica dorada, reloj de caja ídem. Una mesa. Un confidente en forma de S. Plantas exóticas. En todo se demuestra mezcla de estilos y gusto Chillón y barroco.

ESCENA PRIMERA

GYP *y* TOG. *(Al levantarse el telón Tog. examina un album sentado en primer término. Jip. aparece por el salón foro, dentro suena una campanilla eléctrica.)*

GIP. ¡Eh camarero! ¿El Sr. Tapplebot?

TOG. *(Sin volverse)* Aquí es. Ese que toca el timbre.

GIP. Se pierde uno en este laberinto *(A Tog y mirando en torno.)* ¡Soberbia casa! *(Sigue sonando el timbre)*

TOG. Pero con demasiados timbres.

GIP. ¿Son éstas las habitaciones de el viejo Samuel?

TOG. *(Dejando ya el álbum y señalando á la derecha.)* Sí. Allí, las de las señoritas. *(Señalando á la izquierda.)* Allí, las del amo. ¿No oye usted?

GIP. ¡Ah! ¿Es él quien llama?

TOG. *(Sentándose.)* Debe ser.

GIP. *(Oprimiendo los muelles de una butaca.)* ¡Ya costará el alquiler de todo esto! *(Sigue sonando el timbre.)* Bien, pues el Sr. Tapplebot me espera. Pásele usted recado. Creo que se impacienta.

TOG. *(Levantándose.)* Así parece. *(En el momento en que Tog se dirige hacia la lateral izquierda primer término aparecen en ella Sam y Alejandro.)*

ESCENA II

Dichos, SAM Y ALEJANDRO.

SAM. (*Que trae en la mano un cuaderno y un lápiz.*) Señor Tog.

TOG. ¿Qué manda usted?

SAM. (*Con mucha tranquilidad*) He llamado once veces como lo prueba esta nota.

TOG. Señor, no he oído nada más que nueve, pero ya iba...

SAM. La primera á las cinco y veinte (*mirando el reloj.*) Son las cinco y treinta y cinco, ha estado usted, en consecuencia, un cuarto de hora sin ser mi criado. Lo desquitaremos del salario. (*Tog se inclina y vase foro. Samuel se vuelve hacia Gip, que, durante las anteriores palabras ha saludado á Alejandro, y pregunta á éste.*) ¿Quién es?

ALEJAN. (*Presentando á Gig.*) Gip Dikson de quien ya he hablado á usted.

SAM. (*Encarándose con Gip.*) Yo conozco esa cara.

GIP. (*Sonriendo.*) Hace mucho tiempo.

SAM. Pero con la venda... ¿Dónde diantre nos hemos visto?

GIP. En los tribunales. Usted era jurado cuando yo cometí la tontería de casarme en Nueva York, olvidando que ya lo estaba en Chicago.

SAM. ¡Ah, sí Recuerdo que le absolvimos (*Sentándose.*) Hablemos de negocios. Ya le habrá dicho Alejandro...

GIP. Que lucha usted en las próximas elecciones; sí. Puede usted contar con mis servicios, además, es usted muy popular. Venceremos. A ello. Vengan datos, ¿Cómo debutó usted en el comercio? (*Gip y Alejandro se sientan.*)

SAM. Recogiendo colillas.

GIP. ¿Y después?

SAM. Expendición de fósforos.

GIP. ¿Fabricante?

SAM. Vendedor.

GIP. ¿En la calle?

SAM. En los cafés.

GIP. ¡Bravo!

SAM. Pero ante todo las cosas claras ¿Cuánto va usted á llevarme?

GYP. (*Sacando la cartera, en cuyo cuaderno hace varios números.*) Muy barato. Yo, mis dos subtenientes y trescientos hombres de mi brigada, seis mil dollars; tres para la brigada y tres para el Estado Mayor.

SAMUEL. (*Escribiendo en su cuaderno.*) Seis mil.

GYP. Y eso por ser para usted, porque no cuento los

gastos menudos, tales como brazos dislocados, dentaduras rotas, puñetazos, etc., etc.

SAMUEL. Hombre, ¡seis mil dollars en dientes!

GYP. (*Indicando su venda.*) ¿Ve usted este ojo? Pues no podré dejarlo en menos de trescientos, y es regalado.

SAMUEL. En fin, sea.

GYP. Además, para el trabajo electoral, propaganda, compra de votos, propinas, banderas, transparentes, linternas, músicas, anuncios... veinte mil dollars.

ALEJ. ¿Y la prensa?

SAMUEL. ¡Esa sí que nos va á costar un sentido!

GYP. Necesitamos, por lo menos, doce periódicos.

ALEJ, Algunos reputados como independientes.

GYP. Cuestión de veinte mil dollars. En total, cincuenta mil. Ahora hay que buscar un apodo que excite la atención pública

SAMUEL. ¡Buena idea! Llámeme usted «El fósforo municipal»

GYP. No me gusta. (*Pensando.*) ¿Qué le parece á usted Colillita?

SAMUEL. Excelente. ¡Pero cincuenta mil dollars!

GYP. Veremos si regateando los votos...

SAMUEL. Eso, no; ¡pobre gente! Cuanto más caro me cueste su apoyo, mayor será mi interés en administrarlos. (*A Gyp.*) A trabajar.

GYP. (*Levantándose y cogiendo su bastón y sombrero.*) Verá usted quién soy yo. Adiós, Colillita. (*Da la mano á Samuel y Alejandro,* y *váse foro.*

SAMUEL. (*A Alejandro, que coge su sombrero, disponiéndose á marcharse*), Lo nuestro está convenido. Cuento con los bomberos

ALEJ. A condición de que usted apoye mi candidatura de esposo con mi prima Sara.

SAMUEL. Haré lo que pueda. ¿Viene usted á comer?

ALEJ. Sí. (*Vase foro.*)

ESCENA III

SAMUEL, ANGELA y BETSEY. (*Elegantemente vestidas, exageradamente descotadas, salen por primer término lateral derecha.*

SAM. ¿Cuándo habéis venido?

ANG. Anoche. ¿Cómo va esa salud?

SAM. Tal cual; la dispepsia me molesta. ¿Y Sara?

ANG. De compras.

SAM. ¿Y dónde has pasado estos días, hija?

ANG. En *Wespoint,* oyendo predicar al reverendo Jeremías. ¿Y los negocios, marchan?

SAM. Viento en popa. Las conservas han subido.

ANG. (*Con alegría.*) ¡Ya lo decía yo!

SAM. ¡Tienes una nariz!
ANG. ¡Ah! Me olvidaba, papá: hemos encontrado á Isabel.
SAM. ¿Tu hermana?
BETSEY. En el vapor. Aquí viene.

ESCENA IV

Dichos é ISABEL. (*Isabel viene por el foro, elegantemente vestida, y muy descotada también.*)

ISABEL. (*Dando la mano á Samuel.*) Felices, papá.
SAM. Me alegro verte. ¡Después de un año!
ISABEL. Desde mi divorcio. Y a propósito: ¿sabe usted que he vuelto a casarme?
SAM. (*Sorprendido*) ¡Qué me cuentas! ¿Y cuánto tiempo hace?
ISABEL. Dos ó tres meses.
SAM. Supongo que me presentarás á mi yerno.
ISABEL. ¡Si es el coronel Fliburty!
SAM. ¿Nathaniel? ¡Qué elección tan rara! Me gustaba más el otro.
ISABEL. ¿Elías? A mí también.
SAM. Era muy bueno. Me daba bombos en su periódico ¡Cuánto le echo de menos en estos momentos!
ISABEL. Le encontré en el vapor. ¡Parece mentira lo que gana un hombre cuando deja de ser marido!
SAM. ¡Si no estuvieras mal con él!...
ISABEL. ¿Mal?... Nada de eso. Somos más amigos que antes.
SAM. ¿Si?... ¿Por qué no le invitas á comer mañana?
ISABEL. Precisamente, vendrá esta tarde á tomar el thé con Sara.
SAM. ¿Y si el coronel gruñe?
ISABEL. ¡Quiá!.. Los he presentado. Son ya íntimos.
BETSEY. ¡Señor Ulyses! (*Mirando al foro.*)
ANG. ¿Mi hermano? (*Idem íd.*)

ESCENA V

Dichos y ULYSES (*Viene por el foro, con un periódico en la mano y muy alegre.*)

ULYSES. Ya está consumado.
TODOS. ¿Qué?
ULYSES ¿Cómo? ¿No saben ustedes lo que pasa?
TODOS. No.
ULYSES. (*Con aire de triunfo.*) He quebrado.
ANG. Ya lo habías hecho en Enero.
ULYSES. Aquello fué un pequeño ensayo. ¡Pero esta vez!... A las nueve suspendí los pagos A las diez, junta de acreedores. El treinta por ciento, ó nada — les dije:—escojan ustedes.
ANG Escogerian el treinta.

ULYSES. Sí; pero yo añadí: Este treinta por ciento que les doy á ustedes, no se le doy. Le representaré en acciones de la nueva casa que fundo á las cuatro y cuarto.

TODOS. (*Admirados.*) ¡Bravo!

ULYSES. El viejo Absalon se levanta, y grita: Es usted un pillo. Me voy con usted. Los demás también aceptan. A las cinco, el capital está reunido. Ellos, dos millones; yo, uno.

SAM. ¿Tú? ¿Con qué dinero?

ULYSES. ¡Toma... con el suyo! (*Rumor de admiración.*)

SAM. (*Radiante.*) ¡Ah!... (*Le estrecha la mano.*) Querido hijo, ¡qué operación tan bonita!... ¡Qué monada!...

TODOS. (*Rodeando á Ulyses.*) ¡Que sea enhorabuena!

ULYSES. (*Con modestia.*) Gracias. (*A Isabel.*) ¡Ah, mi hermana!... ¿Cómo estás? (*Le dá la mano.*)

SAM. Se ha vuelto á casar; ¿no sabes?...

ULYSES. (*Tranquilamente.*) ¡Ah!.. muy bien.

SAM. Escucha, Ulyses. (*Le coge del brazo y le lleva aparte, mientras las damas pasan al salón del foro.*) ¿Qué opinas de las acciones de Nicaragua?

ULYSES. ¿Supongo que no tendrá usted?

SAM. He vendido en tu casa... á tres mil... á plazo...

ULYSES. Entonces, siento decírselo: está usted perdido. Hemos acaparado todas con prima, y tendrá usted que dárnoslas á treinta, para volvérnoslas á comprar á cuarenta.

SAM. Perdiendo seis mil dollars, ¡Dios mío!

ULYSES. Vamos... Por tratarse de mi padre... yo lo arreglaré. Deme usted dos mil dollars, y no pasará nada. Le regalo cuatro mil.

SAM. Gracias... gracias... Eres un buen hijo. (*Se estrechan la mano.*)

ESCENA VI

Dichos y SARA. (*Vestida con el mismo traje del primer acto. La siguen una camarera y un mozo de almacen, con un paquete. Los criados encienden la lámpara electrica.*)

SAM. ¡Sara!

SARA. Buenas noches, tío. (*El portador entrega el paquete á la camarera, que le paga, y ambos y los criados vánse por el foro.*)

SAM. Precisamente tenía que hablarte. Comeremos en familia, para celebrar la quiebra que acaba de hacer tu primo.

SARA. Vengo de casa de *Steward*. ¡Cuántas novedades! ¡Me hubiese traido la tienda!

SAM. (*Con malicia.*) Podrías hacerlo, si en vez de llamarte señorita de *Tapplebot*, te llamaras la señora de... cualquiera.

SARA. (*Riendo.*) ¡Hola! ¿Va usted á hablarme de matrimonio?

SAM. Ni más ni menos. Tú eres una muchacha práctica, tienes ideas sólidas; no te pareces á tu prima Angela, que quiere permanecer soltera para dedicarse á los negocios; ni á Isabel, que cambia de marido como de traje. Ya sabes que tu padre sólo te dejó veinte mil dollars.

SARA. Y que tengo que buscar un buen partido. Lo sé, y he pensado en ello.

SAM. Muy bien. ¿Has encontrado alguno?

SARA. Nada que me satisfaga.

SAM. No será por falta de candidatos.

SARA. No. Usted mismo juzgará. (*Sacando un cuadernito.*) Aquí llevo el registro.

SAM. ¡Ah! ¿Tienes registro...

SARA. De mis pretendientes.

SAM. Eso es método,

SARA. Mire usted, por partida doble.

SAM. (*Calándose los lentes y examinando el cuaderno.*) ¡Bravo! Una cuenta corriente.

SARA. Abierta el día en que comienzan las operaciones con cada uno, y cerrada á su terminación. En el haber, lo que él hace para agradarme; en el debe, lo que hago yo para corresponder.

SAM. Me siento orgulloso de ser tu tío.

SARA. Como usted ve, todas las cuentas están cerradas, á excepción de dos: la de *Wassington Olyphus*, que era una buena proporción; pero el 15 de Abril le raptó una amiga mía, y Alejandro *Fairfax*.

SAM. Ese, ese te conviene.

SARA. No niego sus méritos Es joven, activo, abogado, de talento.

SAM. Político distinguido.

SARA. Pero...

SAM. Y muy influyente con los bomberos, no hay que olvidarlo.

SARA. Hará fortuna; pero, ¿cuándo? Lo menos necesita diez años, y entre tanto...

SAM Sí; pero un hombre que puede serlo todo, hasta presidente de la República.

SARA. Cuando yo sea vieja. Bonito negocio. Tengo otro mejor

SAM. ¿Mejor? Veamos.

SARA. Un joven á quien he conocido en el vapor. Un español.

SAM. (*Asustado*) Por Dios, Sara, ten cuidado. Esa gente no es de fiar.

SARA. (*Sonriendo.*) Ya veremos.

SAM. ¿Rico?

SARA Y noble. Me ha gustado mucho. Esta noche doy aquí un thé, y le he invitado. Vendra.

SAM. ¿Y si es algún pobre diablo?

SARA. Esté usted tranquilo. Hoy mismo sabré el nombre de su banquero.

SAM. Lo siento por Alejandro. ¡Me hacen tanta falta los bomberos! ¡Si pudieras entretenerle hasta las elecciones!

SARA. Haré lo posible.

SAM. (*Satisfecho.*) Eres una alhaja. Si tu difunto padre no está satisfecho de la educación que te he dado, que venga y lo haga mejor. (*Alejandro aparece en el salón foro. Oyese el sonido de un tan-tan, anunciando la comida. Todos los personajes vienen á primer término.*)

ANG. La comida.

ALEJ. (*A Samuel, aparte.*) ¿Y mi asunto?

SAM. No va mal. Active usted el mío. (*Alejandro da el brazo á Sara, y vánse por el foro, acompañados de los demás personajes. Al Salir Samuel se encuentra con Nathaniel, que entra, y ambos se detienen, viniendo á primer término.*)

ESCENA VII

SAMUEL Y NATHANIEL

SAM. (*Alegre.*) Coronel, ¿quiere usted comer con nosotros?

NATH. (*Estrechándole la mano.*) No hay inconveniente.

SAM. Pero antes, dos palabras. ¿Y nuestros terrenos?

NATH (*Moviendo la cabeza y haciendo un gesto.*) ¡Dichosos terrenos! Negocio al agua. Aquello es un lago.

SAM. No tanto; un poco húmedos.

NATH. ¡Friolera!

SAM. Pues hasta ahora ningún comprador ha venido á quejarse.

NATH. ¡Ya lo creo! Como que al tomar posesión agarran cada fiebre que los vuelve locos.

SAM. ¡Si los sanearan! Las ciudades no se construyen solas. ¡Qué adquisición! ¿A quién podríamos encajárselos?

NATH. Es difícil. Sin embargo...

SAM. ¿Qué?

NATH. En el vapor he encontrado esta mañana á cierta española, á quien vendí hace dos meses unas parcelas.

SAM. ¿Y no está enferma?

NATH. Buena y sana.

SAM. A esos españoles no les parte un rayo. Hay que exhibir á esa señora para demostrar que los terrenos no son malsanos.

NATH. Nada más fácil. Se lo propondremos.

ESCENA VIII

Dichos y TOG

TOG. — *(Por el foro.)* Una señora desea ver á usted. *(Dándole una tarjeta.)*

SAM. — *(Leyendo.)* Mercedes Monte-Roca.

NATH. — Es ella.

SAM. — *(A Tog.)* Que pase. *(Tog vase foro.)* ¿Qué nos querrá?

NATH. — Reclamación de daños y perjuicios. Seguro.

SAM. — Y ahora que recuerdo. Usted es mi yerno ¿verdad?

NATH. — ¡Calla! Efectivamente. No me acordaba. ¡Chist! Ahí está.

ESCENA IX

Dichos y LA SEÑORA DE MONTE-ROCA. *Entra por el foro precedida de Tog, que se va enseguida.*

MONT.-R. — *(Afectando mucha alegría.)* Señores. *(Samuel y Nathaniel saludan.)*

SAM. — *(Aparte.)* ¡Qué cara de Pascua!

MONT.-R. — *(Reparando en Nathaniel.)* ¡Ah! Coronel, tanto gusto...

NATH. — *(Inclinándose y aparte.)* Esta mujer es de hierro.

SAM. — *(Acercando una butaca, que ofrece á Monte-Roca.)* ¿Puedo saber, señora, el objeto...

MONT.-R. — Me explicaré en dos palabras. He comprado terrenos en *Tapplebot City.*
(Miradas de inteligencia entre Samuel y Nathaniel.)

SAM. — Hace un instante reconvine al coronel por habérselos vendido muy baratos.

MONT.-R. — A tres dollars el *acre.*

SAM. — Regalado. El coronel me arruina.

MONT.-R. — Pero...

SAM. — ¡Qué tierras tan admirables!... ¡tan ricas!... ¡tan...

MONT.-R. — No niego sus cualidades...

SAM. Y NATH. — *(Estupefactos.)* ¿No?

MONT.-R. — Por el contrario. *(Samuel y Nathaniel se miran asombrados.)* Vengo á suplicar á usted que me venda algunos acres mas al mismo precio.

SAM. — *(Aparte.)* ¡Demonio! *(Alto.)* Con mucho gusto... pero... ¿Tenemos todavía terrenos libres, coronel?

NATH. — Apenas. Ha habido tantos compromisos...

SAM. — Sin embargo, veremos el plano.

NATH. — Aqui está. *(Sacando un plano que extiende sobre la mesa.)*

SAM. — He ahí la ciudad tal como será... cuando exista. Aquí hay un trozo libre. Magnífica situación.

NATH. — Muy céntrico.

SAM. — El barrio de los negocios.

MONT.-R. Me conviene. Por supuesto, al mismo precio. (*Finge examinar el plano, pero en realidad acecha los movimientos de Samuel y Nathaniel.*)

NATH. (*A Samuel.*) ¡Asombroso!

SAM. (*A Nathaniel.*) Esto no es natural Aquí hay algo. Ganemos tiempo. (*Alto.*) Nos es imposible contestar á usted sin consultar algunos datos... Si tuviese usted la bondad de esperar un momento. .

MONT.-R. Cuanto usted guste.

NATH. (*Señalando el plano.*) Distráigase mientras, admirando esas maravillas.

SAM. Es cuestión de un minuto.

MONT.-R. No tengo prisa.

SAM. (*Llevándose al coronel hacia primer izquierda y mirando á la dama con insistencia.*) No parece tonta. (*Vanse.*)

MONT.-R. ¡Qué par de pillos!

ESCENA X

MONTE-ROCA Y ROBERTO, *por el foro, introducido por Tog.*

MONT.-R. (*Con agradable sorpresa.*) ¿Usted aquí?

ROB. Señora. (*Inclinándose.*)

MONT.-R. ¿Ya en operaciones?

ROB. Así parece. ¿Y usted?

MONT. R. Yo vengo á negocios de otra clase Pero cuénteme...

ROB. Es muy sencillo. Al salir del vapor encontré á Sara, que se colgó de mi brazo con la mayor tranquilidad, diciendo: «Ayúdeme usted á bajar.» Yo no podía negarme... decentemente.

MONT.-R. No.

ROB. Alejandro se despide. Las otras señoritas desaparecen. Francisco las sigue... y nos quedamos solos danzando por las calles, visitando la ciudad, recorriendo tiendas... Por último, en la puerta del hotel se entabla este diálogo.—Ella: «Doy un thé esta noche; ¿vendrá usted?»—Yo: «Con mucho gusto. Pero á su señor tío quizá le parezca mal.» —Ella: «¿Mi tío?... ¡Bastante le importa!»—Yo: «¡Ah!»—Ella: «Está convenido. A las ocho. Me hospedo en este hotel.» Me visto, como... y aquí estoy.

MONT.-R. Con tres cuartos de hora de anticipación. Le veo más enamorado de lo que yo creía.

ROB. (*Riendo*). Me parece que sí.

MONT.-R. ¡Y se ríe usted!... ¡Desgraciado!

ROB. ¿Qué quiere usted que haga?... En fin, lo cierto es que estoy en su casa, porque este salón supongo que será...

MONT.-R. El salón de familia del viejo Sam, sí señor.

ROB. ¡Esto sí que me admira!... ¡Un hombre que cons-

tituye su hogar en una fonda! Ochocientos cuartos para alquilar... sesenta pianos... quinientas puertas vidrieras funcionando noche y día, y tres mil lámparas eléctricas. ¡Qué intimidad! ¿No podía vivir en una casa suya?

MONT.-R. Nunca. Las tres cuartas partes de los americanos viven así. Y en ello no dejan de ser lógicos Para este pueblo, siempre en actividad, siempre viajando, no hay nada más práctico.

ROB. Bien, pero nosotros...

MONT.-R. ¡Ah! nosotros, los hijos del Viejo Mundo, estamos muy atrasados. Nuestro ideal es un albergue para nosotros solos, al abrigo de miradas indiscretas, bastante grande para que estemos cómodos, bastante pequeño para que estemos cerca unos de otros. ¡Pero aquí! .. nada de antiguallas. Viva el progreso que borra la familia, desmenuzándola en los hoteles

ROB. ¡Qué país!

MONT.-R. En parte, no es culpa suya Excepto algunos irlandeses, los criados no abundan. Recurren por eso al hotel, donde hallan comodidades que les faltarían en su casa. Añada usted que las americanas son incapaces de preparar una comida, ni coser un pañuelo. Coquetear en busca de un marido, martirizar el piano, correr de tienda en tienda, engullir golosinas, mudar de traje cinco veces al día. Esa es toda su vida. Una vez casadas, no tienen nada que hacer, ni aun ser madres y cuidar de los hijos. Todo eso está previsto. Los niños vienen al mundo solos, comen aparte y duermen aparte. ¡Pobres ángeles!

ROB. Exagera usted, amiga mía.

MONT.-R. No. Usted mismo puede convencerse por un detalle. Al final del corredor que conduce á este salón hay una alcoba tapizada de raso blanco. ¿Sabe usted qué es?

ROB. No.

MONT.-R. La alcoba de la desposada, que se alquila á los recién casados Bajo esas cortinas, pobladas de besos de la víspera, en ese nido por horas escuchan Romeo y Julieta el primer canto de la alondra. Y cuando usted se case con Sara. .

ROB. ¿Yo?... ni pensarlo... quererla... bueno... ¡pero casarme!...

MONT.-R. Eso es decir en castellano...

ROB. (*Riendo.*) Naturalmente.

MONT.-R. No se haga usted ilusiones. La más fuerte será ella. No espere usted encontrar un corazón ni unos sentidos. El alma de un negociante y nada más.

ROB. Pero...

MONT.-R. Diviértase lo que pueda, amigo mío, y cuidado con un proceso.

Rob. ¿Un proceso?

Mont.-R. Sí. Cuando Sara tenga alguna prueba de sus relaciones... cartas... testigos... exigirá el matrimonio... ¿Se niega usted?... indemnización... le pasará la factura... cincuenta ó sesenta mil dollars.

Rob. Bueno. Yo no soy ningún novato, y... ya veremos.

Mont.-R. Queda usted advertido.

Rob. Sí.

Mont. R. Pues bien... será usted humillado. Apuesto por ella.

Rob. Acepto la apuesta. (*Se estrechan la mano.*)

ESCENA XI

Dichos, FRANCISCO *y* ELÍAS *por el foro.*

Rob. (*A Francisco, que entra hablando animadamente con Elías.*) ¡Calla!... ¡Paco!... ¿También estás invitado?

Franc. Sí. (*Muy alegre.*) Por *Miss Betsey.*

Mont.-R. ¿Qué tal el concierto?

Franc. ¡Un éxito loco!

Rob. (*Dándole la mano.*) ¡Bravo!

Franc. Los hombres de pie en las butacas, las señoras arrodilladas y agitando los pañuelos... *Miss Betsey* besándome en la nuca .. el empresario proponiéndome dos conciertos más á diez mil francos pieza... El delirio... Y luego dicen que los americanos no son artistas..

Mont.-R. Y no lo son.

Elías. (*Sonriendo.*) Lea usted el suelto que he publicado! antes del concierto. (*Le da un periódico.*)

Franc. ¿Cómo?...

Mont. R. (*Leyendo.*) «Esta tarde primer concierto por el célebre Francisco García. ¡Gran acontecimiento ¡El rey del violín!»

Franc. (*Estrechando á Elías la mano.*) Gracias.

Mont.-R. (*Continuando.*) «Ya saben nuestros lectores que en *Yellowstone Valey*, el Sr. García, con otros viajeros, fué asaltado por los Pieles Rojas, y que, defendiéndose con heroismo, mató al jefe, destrozándole el cráneo con la caja de su violín »

Franc. (*Asombrado.*) Yo... ¿que yo he destrozado?...

Mont.-R. «Habiendo perdido el arco en la lucha, él mismo se fabricó otro con una tibia de dicho jefe.»

Franc. ¡Qué embustero!

Mont.-R. «Con ese arco ejecutará el Sr. García el vals de «La tibia», en el cual su violín imita los gritos salvajes de los indios.

Franc. ¡Si yo no imito nada salvaje!

Mont.-R. (*Devolviendo el periódico á Elías y riendo.*) Ya comprendo el éxito.

Franc. ¡Bonita reputación voy á tener!

MONT.-R. Excepto con las damas. Testigo Miss Betsey. *(Vase por primera izquierd .)*

ESCENA XII

ROBERTO, FRANCISCO, ELÍAS, SARA, BETSEY, ISABEL, ÁNGELA *y después jóvenes de ambos sexos que llegan sucesivmente por el foro.*

BETSEY. *(Entrando y acercándose á Franc sco.)* ¡Aquí está el héroe!

TODOS. *(Dándole apretones de manos.)* ¡Bravo! ¡Qué exitazo!

ANG ¡Qué arco tan original!

BETSEY. Es usted el hombre del día.

TODOS. ¡Ya lo creo! *(Le dan nuevos apretones de manos.)*

FRANC. Señoritas... Señoras...

SARA. *(A Roberto estrechándole la mano.)* Buenas noches.

ISABEL. *(Viendo á Elías y corriendo hacia él.)* Querido Elías, cuánto le agradezco que haya venido. *(Le da á besar las dos manos. Betsey va hacia el foro, acompañada de Francisco.)*

ANG. Aqui está Lucrecia. *(Todos se acercan á la recién llegada, dando gritos de júbilo. Lucrecia entra elegantemente vestida, muy escotada, seguida de un joven. Mucha algarabía, apretones de manos, risas, etcétera. El mismo juego escénico á la entrada de cada nuevo personaje. Se oye dentro una orquesta.)*

ROB. *(A Elías)* ¿No vienen ni los papás ni las mamás?

ELÍAS. Es de mal tono.

ROB. ¿Y dejan á los dos sexos en libertad?

ELÍAS. ¿Por qué no?

(Entra Olimpia apoyada con abandono en el brazo de un joven.)

TODOS. ¡Olimpia! *(Repetición del juego escénico anterior. Las risas y conversaciones continúan. Los recién llegados dan la vuelta al salón saludando. Todos se sientan, agrupándose en los dos salones.)*

ROB. *(A Elías.)* ¿De modo que cada señorita tiene su acompañante?

ELÍAS. Con el que sale entra y va donde le acomoda, y á última hora la deja en la puerta de su casa.

ROB. ¿Temprano?

ELÍAS. O tarde. Todas ellas tienen su llavín.

ROB. *(Riendo.)* ¡Curiosísimo!

(Entra Lidya con un joven que la rodea el talle con el brazo.)

TODOS. ¡Lidia! Cómo estás? ¡Qué bonita! ¡Qué elegante!

ROB. *(A Elías.)* ¿Está admitido eso?.. *(Indicando la postura en que entraron los personajes.)*

ELÍAS. ¡No ha de estar!

ROB. Bueno es saberlo. *(Olimpia se acerca á ellos dando el brazo á Isabel.)*

ELÍAS. (*A Olimpia.*) Diga usted, señorita, ¿cuándo se casa usted con mi hermano?

OLIM. (*Soltando una carcajada.*) Cuando disfrute un poco mas de la vida de soltera.

ROB. (*Aparte.*) Vamos, cuando la corra.

LIDYA. (*A Isabel*) Hemos estado á punto de no volvernos á ver.

TODOS. ¿Como?

LIDYA. Quise adelantarme al tren en el paso á nivel y por poco me arrolla.

ROB. (*Aparte.*)¡ Vaya unas diversiones femeninas!

SARA. (*Presentando á Lucrecia y á Roberto.*) Miss Lucrecia Brown, mi amiga. Roberto García.

LUCR. (*Con un carnet en la mano.*) ¿Uno ó dos besos?

ROB. (*Sorprendido.*) ¡Qué duda cabe! Dos.

LUCR. (*Escribiendo en el carnet y presentándole la espalda*) Bese usted.

ROB. ¿Dónde?

(*Lucrecia, viendo que no comprende, llama á Sara.*)

SARA. (*Volviéndose y comprendiendo*) ¡Ah, sí! Es que no sabe. (*A Roberto.*) Mi amiga hace una cuestación benéfica, y cada beso que otorga en la espalda vale un dollars.

ROB. (*Vivamente*) ¡Ya! (*Vaciándose el bolsillo.*) Tenga usted. (*Dándola dinero y dos besos en la espalda. Se registra el bolsillo y saca otra moneda, á tiempo en que Lucrecia hace medio mutis. Llamándola.*) Aguarde usted; me queda otro. (*Se lo entrega, dándole otro beso. Continúa registrándose todos los bolsillos.*)

ELÍAS. (*A Roberto*) ¡Vamos, que esto ya le gustará á usted!

ROB. Me encanta.

ISABEL. (*Acercándose á Elías.*) Venga usted á tomar el thé. (*Todos los personajes van hacia el salón foro, en el que Sara y Angela sirven el the. Los personajes, por parejas, adoptan posiciones intimas. Esto durante lo que sigue.*)

ROB. (*Contemplando el cuadro.*) ¡Parece un sueño! Esas flores, esos perfumes, esa música, esos muebles tan á propósito para adoptar posiciones voluptuosas... Soirée de vírgenes en el Nuevo Mundo. (*Música dentro. El ruido de las conversaciones se apaga. Roberto queda sólo en el salón, apoyado en el respaldo de un sofá.*) ¡Ah, mi apacible hogar paterno, qué lejos te encuentras! Me parece estar viendo á mi padre, que lee en voz alta el periódico. Mi madre finge escucharle; pero piensa en mí. De mis hermanas, la pequeña borda á su lado, y la mayor va y viene, preparando el café. Después se entregarán al descanso en su casto y blanco lecho, adormeciéndose sonrientes, bajo la impresión del último beso maternal. ¡Ah, familia de mi

patria! Hasta ahora no he comprendido todo el respeto que mereces. Asilo de la pureza y de la inocencia; último baluarte de las pocas virtudes que nos quedan.

FRANC. (*Por el foro, con una taza en la mano.*) Roberto, ¿no tomas thé?

ROB. Lo que tomo ahora mismo es la puerta.

FRANC. ¿Quieres marcharte?

ROB. (*Cogiendo su sombrero.*) Y si tú conservas un resto de vergüenza, imítame.

FRANC. ¿Estás loco?

ROB. Francisco, amigo mío, vuelve en tí; vámonos, ó no respondo de enseñar á toda esa chusma cuántas son cinco.

FRANC. Anda, ¡pues poco fuertes que están aquí en contabilidad!

BETSEY. (*Desde el foro.*) ¡Francisco!

FRANC. Voy, voy. (*Vase al lado de Betsey.*)

ROB. Me iré sólo. (*Hace ademán de salir.*)

SARA. (*Por el foro. Deteniéndole cariñosamente en el momento en que va á salir.*) ¿Adonde va usted?

ROB. (*Ocultando su sombrero.*) ¿Yo? A ninguna parte.

SARA. Sea usted franco. No oculte el sombrero.

ROB. Pues bien; sí, lo confieso. Me marchaba...

SARA. ¿Y por qué?

ROB. ¿Se incomodará usted si se lo digo?

SARA. No

ROB. Porque me conozco, y sé que al verla á usted no tendría valor para huir.

SARA. (*Sentándose en el confidente.*) ¿Huir?

ROB. No me mire usted así, que me pierdo.

SARA. (*Con coquetería.*) ¿Y qué? Piérdase usted; pero no se vaya. (*Le indica con el abanico que se siente á su lado.*)

ROB. ¿Usted lo manda?

SARA. (*Con imperio.*) No hay más camino que obedecer. (*Isabel, acompañada de Elías, viene del foro, y ambos se sientan en segundo término, hablando en voz baja durante lo que sigue.*)

ROB. (*Sentándose y besando la mano que le da Sara.*) ¡Ah, Sara, Sara!

SARA. ¿Por qué me mira usted tan fijamente?

ROB. Es admiración. Esa serenidad de ustedes jugando con el fuego.

SARA. ¿Usted me preferiría un poco noña?

ROB. No.

SARA. Entonces... adelante. Decíamos que mi amor le causaba miedo, ¿no es así?

ROB. Sí; pero ya es tarde para retroceder.

SARA. ¿Ya? En fin, admitido. Miedo, ¿de qué?

ROB. De que camino á ciegas y sin esperanzas.

SARA. No es culpa mía.

ROB. ¿Eso quiere decir...

SARA. (*Con tranquilidad.*) Nada. Planteo la cuestión sencillamente. Ni más, ni menos.

ROB. (*Desconcertado.*) Yo creí.

SARA. (*Sonriendo.*) Y trato de ordenar las preguntas y las respuestas con algo de método, porque ustedes...

ROB. ¡Parecieron las matemáticas!

SARA. Quizá.

ROB. (*Aparte.*) ¡Bonita escena de amor!

SARA. Discutiremos el caso de que yo estuviese dispuesta...

ROB. A corresponderme.

SARA. Para eso sería preciso conocernos, y apenas si nos conocemos.

ROB. Es verdad.

SARA. Se trata, pues, de no incurrir en el defecto lógico que consiste en partir de lo desconocido.

ROB. (*Sonriendo y aparte.*) ¡Algebra!

SARA. ¿Tengo razón?

ROB. Sí.

SARA. De modo que antes de amarnos...

ROB. Despejemos la incógnita, presentándonos mutuamente.

SARA. Ese es el camino. ¿Me dijo usted que se llamaba?...

ROB. (*Con amargura.*) ¡Ni el nombre! Roberto García.

SARA. ¿Conde?

ROB. No; marqués.

SARA. (*Con satisfacción.*) Eso. Había confundido.

ROB. ¿Entra el título en sus aspiraciones?

SARA. Por completo. (*Acerca su cabeza á la de Roberto. mirándole con ternura.*)

ROB. (*Cogiéndole las manos.*) Tiene usted razón. Un noble es más digno de amarla, porque puede apreciar mejor todo lo que hay de adorable en usted, de ideal, de exquisito.

SARA. (*Interrumpiéndole con frialdad.*) ¿Es usted rico?

ROB. (*Desconcertado.*) ¿Rico?

SARA. Sí. (*Retirando sus manos y con inquietud.*) ¿No es usted rico?

ROB. (*Cogiéndole otra vez las manos.*) Sí, sí. Riquísimo. (*Sara da un suspiro de satisfacción. Roberto aparte.*) ¡Qué ingenuidad!

SARA. ¿Decía usted?

ROB. Que me felicito por mis riquezas, puesto que á usted la agradan.

SARA. Sin duda. ¿Y á cuánto asciende el capital?

ROB. Dos millones de renta.

SARA. (*Con alegría.*) ¿Asegurados?

ROB. En papel, inmuebles y viñedos.

SARA. ¿De Jerez, acaso?

ROB. De Jerez.

SARA. ¿Buenas cosechas?

ROB. Excelentes. Hay años malos; pero se compensan.

¿Decía mi querida Sara...

SARA. ¿Y quién es su banquero?

ROB. Rostchild. Pues, como decía... Ya he perdido el hilo. Me parece, Sara, que el verdadero amor está reñido con estas cuestiones de céntimos.

SARA. ¡Qué error! Al contrario, son inseparables. No me hable usted de un amor sujeto á las dificultades de la vida. No resiste ocho días. El amor no es planta silvestre, que crece entre las rocas desafiando la tempestad y la nieve; es planta de estufa, arbusto raro, flor de lujo.

ROB. En resumen. Si yo fuese pobre, ¿habría de renunciar á su cariño?

SARA. En absoluto.

ROB. ¡Con qué tranquilidad me dice usted esas cosas del otro mundo!

SARA. ¿No piensa usted así?

ROB. Dejaría de tener sangre en las venas. No; yo pienso que la verdadera riqueza es el oro de esos cabellos, el brillo de esas miradas, el amor puro, sin cálculo y sin reservas. (*Con pasión y cogiéndole la mano.*) ¡Ah, sí! Usted me ama, Sara; me lo dice el calor de su ser, que palpita al acercarse al mío. Tú me amas. Dímelo.

SARA. ¿Yo? ¡Qué he de amar!

ROB. ¿No?

SARA. Aún no; más adelante... veremos

ROB. (*Fuera de sí; levantándose y aparte.*) Roca, mármol, hielo. (*Alto.*) Entonces, si no nos amamos, ¿qué hacemos aquí?

SARA. Coquetear, como todos. (*Señalando á los grupos de la escena y foro.*)

ROB. ¿Y para qué?

SARA. Para estudiarnos y ver si es usted el marido que me conviene.

ROB. (*Vivamente.*) No hablemos de casamiento; hablemos de la unión de nuestros corazones, de nuestras almas.

SARA. ¿Nada más?

ROB. (*Con viveza.*) Provisionalmente. (*Yendo hacia ella.*)

SARA. (*Levantándose y separándose de él.*) ¿Quiere decir que esto no es serio?

ROB. (*Vivamente.*) Sí, sí. Nos casaremos; lo que usted quiera.

SARA. (*Sacando un carnet del bolsillo.*) Eso que acaba de decir, ¿lo escribirá usted?

ROB. ¿Escribirlo? ¿Para qué?

SARA. (*Presentándole el carnet y el lápiz.*) Como prueba de su sinceridad. Un lápiz basta. Yo dicto. (*Mirándole con pasión.*)

(*Subyugado por la mirada Roberto hace ademán de escribir. Sara dicta.*) Amo á Sara Tapplebot.

ROB. *(Escribiendo.)* Amo á Sara Tapplebot.
SARA. *(Dictando.)* Con intención de hacerla mi esposa.
ROB. *(Concluyendo de escribir.)* Firmo. ¿Nada más?
SARA. Basta. *(Arrebatándole el carnet y acercándose á la primera izquierda.)*
ROB. *(Inquieto.)* ¿Me deja usted?
SARA. Un segundo. Pronto estaremos solos.
ROB. Pero...
SARA. Espere usted aquí. Vuelvo en seguida. *(Entra en su habitación.)*
ROB. *(Con aire de triunfo.)* ¡Vencí!

ESCENA XIII

Dichos, menos SARA. ALEJANDRO *por el foro.*

FRANC. *(Levantándose y acercándose á Roberto.)* ¡Ay, Roberto... estoy loco!
ROB. Y yo también.
FRANC. La profesora de piano es superior.
ROB. Estudiemos, Paco, estudiemos. *(Indicando los grupos.)* Esto es una sala de estudio.
FRANC. Yo no me defiendo más... Me entrego... ¡Que me seduzcan!
BETSEY. *(Desde su asiento.)* Francisco...
FRANC. Allá voy... *(Da una vuelta sobre sí mismo y vuelve á su asiento.)*

ESCENA XIV

Dichos, Sara en traje de viaje.

ROB. *(Asombrado.)* Pero, ¿qué?... ¿Nos marchamos fuera?...
SARA. Ahora mismo. Pronto... Coja el sombrero y sígame.
ROB. *(Muy contento.)* ¡Con mil amores! *(Coge el sombrero.)*
SARA. *(Cruzando la escena, á Isabel, que habla con Elías, y que solamente vuelve la cabeza al oir á Sara.)* Isabel, dirás á mi tío que me marcho á *Saratoga.*
ALEJ. *(Que se acerca. Aparte.)* ¿Eh?...
ISABEL. *(Tranquilamente.)* Buen viaje.
SARA. Gracias. *(A Roberto.)* Vamos. *(Se encuentra frente á Alejandro.)*
ALEJ. ¿Cómo, Sara? ¿Va usted de viaje sola?
SARA. No, Alejandro; con este caballero. *(Indica á Roberto. Movimiento de sorpresa de Alejandro.)* Porque. decididamente, usted y yo no congeniamos... y todo cuanto existía entre ambos queda terminado. Buenas noches.
ALEJ. *(Despechado.)* ¡Ah!...
SARÁ. *(A Roberto, cogiéndole del brazo.)* Vamos, Roberto.

ROB. ¿Así?... ¿Solos?
SARÁ. Vamos, vamos. (*Empujándole dulcemente.*)
ROB. (*Aparte, con alegría.*) ¡Me roba, me roba! ¡Esto es un rapto! (*Salen foro.*)
ALEJ. (*Aparte, sonriendo.*) ¡Bien por la primita!... ¡Me las pagará!

ESCENA V

Dichos y SAMUEL.

SAM. (*Saliendo bruscamente de su gabinete por la izquierda.*) Dispensen ustedes.
ANG. IS. Y TOD. (*Volviendo la cabeza, con un mal contenido gesto de disgusto.*) Es papá...
TODOS. ¡Qué importuno!
SAM. Siento molestarles... ¿Y Alejandro... ¿no está aquí?
ALEJ. A sus órdenes. (*Se acerca á él.*)
SAM. Sigan ustedes, sigan ustedes... no se molesten... yo me voy...
TODOS. (*Recobrando sus actitudes.*) Afortunadamente. (*Samuel y Alejandro vánse primera derecha.*)

Telón.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO

Salón de verano en una quinta de Samuel. Puertas laterales en primero y segundo término. El foro completamente abierto da sobre una azotea, desde la que se ve el mar. Muebles lujosos y de mal gusto. Mesa, sillas, butacas, secretaire. En la azotea mecedoras y sillas de jardín.

ESCENA PRIMERA

SAMUEL, ISABEL, ELÍAS, ÁNGELA, JEREMÍAS *y* ULISES *en un sillón, con los pies colocados sobre la mesa. Samuel, tendido en otra butaca, se limpia las uñas con un cortaplumas. En la azotea Angela, Elías, Isabel y Jeremías toman café. Isabel y Elías hablan íntimamente.*

SAM. (*Continuando una conversación comenzada.*) Sigo mi historia. Hace cuatro días, el mismo en que se marchó Sara, que por cierto no ha vuelto á dar señales de vida, le dije á la señora de Monte-Roca que no podíamos venderla el terreno al mismo precio sin consultar á nuestros socios. Para ganar tiempo, ya comprenderás. Ella insistió, y por quitármela de encima tomé esta quinta y aquí nos vinimos. Entretanto el coronel salía en el exprés para *Tapplebot-City*.

ULISES. ¿A qué?

SAM. A indagar si la española había hecho excavaciones ó trabajos que revelasen sus proyectos.

ULISES. ¿Y tiene usted noticias?

SAM. (*Sacando dos telegramas del bolsillo, uno de los cuales entrega á Ulises.*) Primer telégrama.

ULISES. (*Leyendo.*) «Llegué. No tengo detalles.»

SAM. (*Dándole el otro.*) Segundo telegrama.

ULISES. (*Leyendo.*) «Tengo unas tercianas horrorosas. Regreso.» (*Se ríe.*)

SAM. Así las cosas, acabo de recibir una carta de esa señora, que no ceja y me anuncia su visita para esta tarde. Y hoy son las elecciones. Todo se reúne.

ULISES. Yo no vendería. Puede haber encontrado algo de valor.

SAM. ¡Como no sean ranas!

ULISES. En la superficie, sí, pero ¿y en el subsuelo? Los terrenos hulleros suelen ser marismas petrificadas.

SAM. ¡Hulla! ¡Qué rayo de luz!

ULISES. Propóngale usted la compra á doble precio.

SAM. ¿Y si aceptase?

ULISES. No vende usted.

SAM. ¡Qué talento tienes!

ESCENA II

Dichos y GYP *por la segunda derecha.*

GYP. (*Entrando.*) Señores ..

SAM. ¿Y esa elección?

GYP. Marcha. Anoche gran retreta con antorchas, faroles japoneses y diecisiete charangas.

ULISES. ¡Charanga!... digo ¡Caramba!

GYP. Hoy se han fijado nuevos carteles ilustrados, ante los cuales se agolpa la multitud. Fondo negro con ribete amarillo. Aparece usted sobre un pedestal de colillas, que tratan de escalar varios lechones; el cabello sustituído por fósforos que humean, los dedos por bujías esteáricas y girando sobre la punta de la nariz una rueda de fuegos artificiales. ¡Qué sensación! Ahora es el momento y vengo á llevármele á usted para que dirija la palabra á los electores.

SAM. *(Asustado.)* ¡Imposible! Me corto. No soy orador.

GYP. Dos palabras nada más.

SAM. No, no.

GYP. Sería el golpe de gracia.

ULISES. Yo le daré, hablando en su lugar.

SAM. ¡Magnífico! *(A Gyg.)* ¿Puede ser?

GYP. No hay inconveniente. Padre ó hijo, todo se queda en casa.

ULISES. Andando. *(Aparte.)* ¡Qué idea!

GYP. *(A Samuel.)* Será usted consejero. ¡Mi enhorabuena anticipada! *(Ulises y Gyp vanse precipitadamente por la segunda derecha.)*

ESCENA III

Dichos. Después la señora de MONTE-ROCA.

ANG. *(A Samuel, viniendo desde el foro.)* Papá, la española acaba de entrar.

SÁM. (*Aparte.)* ¡Y el coronel sin decir «esta boca es mía!

(Angela vuelve á retirarse al foro.)

MONT.-R. (*Entrando por la segunda derecha.*) ¿Da usted su permiso?

SAM. Adelante, señora. (*Estrechándole la mano. Aparte.*) ¡Cómo entretenerla!

MONT.-R. ¿Habrá usted recibido mi carta?

SAM. (*Preocupado.*) Sí. (*Aparte.*) ¡Ah, la presentaré á toda mi familia! (*Alto.*) Va usted á conocer á mis hijas. (*Volviéndose hacia el foro.*)

MONT.-R. Es inútil. Las conozco. Como el tiempo es oro, hablemos de nuestros terrenos. Habíamos quedado...

SAM. En que estaba usted dispuesta á pagar á nueve dollars el acre.

MONT R. (*Asombrada.*) ¿Nueve? Dijimos tres.

SAM. Sería una distracción. Mis socios exigen nueve.

MONT.-R. ¡El triple! ¡qué atrocidad!

SAM. Nadie la obliga. O lo vale ó no lo vale.

MONT.-R. (*Después de un instante de vacilación.*) Corriente, pagaré ese precio.

SAM. (*Aparte.*) Entonces valen más.

MONT.-R Cerremos trato. Venga tintero y pluma.

SAM. Es decir, que paga usted...

MONT.-R. (*Abriendo su cabás.*) Al contado.

SAM. Hay un inconveniente. Yo no puedo realizar la venta sin que esté autorizada por el coronel, presidente de la sociedad. Le espero de un momento á otro.

MONT.-R. (*Incomodada.*) ¿En qué quedamos? Es la quinta vez que...

SAM. Lo deploro.

MONT.-R. ¿Quiere decir que volveré?

SAM. A menos que prefiera usted tomar el café en compañía de mis hijas.

MONT. R. Aceptado. (*Aparte.*) Yo no le suelto.

(*Samuel la acompaña hacia el foro, donde, los que allí están, la reciben con saludos, etc., etc. En este momento entra Alejandro por la segunda derecha.*)

ESCENA IV

SAMUEL *y* ALEJANDRO.

SAM. (*Volviendo desde el foro y viniendo al encuentro de Alejandro.*) ¡Dichosos ojos! Le esperábamos á usted á comer.

ALEJ. No pude venir. He tenido un incendio esta mañana.

SAM. ¿Adonde?

ALEJ. En el banco de Honduras.

SAM. ¡Lo que sabe esa gente! Estaban á punto de suspender pagos. ¿Y se ha quemado todo?

ALEJ. Todo. Los bomberos de *Wast-Street* vinieron á disputarnos el derecho de apagarlo, y mientras

ventilábamos la cuestión ardió la finca hasta los cimientos.

SAM. Y á propósito de los bomberos. ¿Habrán ido á votar?

ALEJ. Como borregos, á pesar de la conducta de Sara... Ya sé que no es culpa de usted.

SAM. ¡Qué chiquilla! Irse con ese español, sabe Dios dónde.

ALEJ. Yo lo sé. Los ha seguido un hombre de mi confianza. Pasaron tres días en *Saratoga*, montando á caballo, paseando... y ayer tarde, sin causa conocida, Sara tomó el tren para *New-York*.

SAM. ¿Sola?

ALEJ. Sola.

SAM. Entonces ¿han regañado?

ALEJ. Así parece.

SAM. ¡Cuánto me alegro!

ALEJ. ¿No ha llegado aún?

SAM. Que yo sepa...

ALEJ. No debe tardar ¿Cuento con usted?

SAM. Siempre. (*Se estrechan la mano.*) Pasemos á mi despacho. (*Vanse los dos por la primera derecha.*

ESCENA V

ÁNGELA, ISÁBEL, ELÍAS, JEREMÍAS *y* MONTE-ROCA, *todos en la azotea.* ROBERTO, *que entra por la segunda derecha; después* FRANCISCO.

ROB. (*Entrando.*) Esta debe ser la casa. La verja estaba de par en par, el jardín desierto. (*Viendo á los personajes que están en la azotea.*) Sí, aquí es. (*Avanzando hacia el foro.*) Buenas tardes. (*Los personajes le contestan con inclinaciones de cabeza y sin hacerle caso.*)

MONT.-R. (*Volviéndose y viéndose.*) ¡Roberto! (*Avanzando hacia él.*) ¿Usted aquí? (*A los personajes del foro.*) Con permiso. (*Viene á primer termino.*)

ROB. Y celebro estrechar una mano amiga. Necesito consejos.

FRANC. (*Entrando precipitadamente por la segunda derecha.*) ¡Gracias á Dios! Te vengo siguiendo. ¿Vaya un paso que traías!

MONT.-R. (*A Roberto, alarmada.*) ¿Qué tiene usted? Esa excitación.

ROB. (*A Monte-Roca.*) ¿Ha venido Sara?

MONT.-R. No.

FRANC. ¿Pues no se fué contigo?

MONT.-R. Hable usted. (*Se sienta, indicando á Roberto que la imite.*)

ROB. ¡Estoy loco! Tomé aquel viaje como una aventura, que más adelante pudiera servirme de dulce recuerdo. ¡Qué desengaño! Todo lo que puede arriesgar la coqueteria más refinada, todo cuanto

anima las más halagüeñas esperanzas me fué otorgado ¡y con qué arte! ¡con qué estudio! Aquello era superior á mis fuerzas. ¡Aspirar el perfume y no saborear el fruto!

MONT.-R. (*Sonriendo maliciosamente.*) Lo esperaba.

ROB. ¿De qué son esas mujeres? Ayer debió leer en mis ojos que no podía más, y desapareció. ¡Pero no se juega así con el fuego! ¡No permito semejante burla! Yo le diré á esa vendedora de sonrisas, á esa traficante de afectos, á esa. .

MONT.-R. (*Tratando de calmarle.*) ¡Cálmese usted, pueden oirle!

ROB. (*Volviéndose bruscamente.*) ¡Ah, ruido de faldas! (*Acercándose á la segunda derecha, por cuya puerta entra un mocetón con amplia librea, llevando una bandeja con helados que deja en la mesita de la azotea, volviendo á desaparecer por el mismo término. Roberto se sienta en una butaca, quedándose abstraído.*)

FRANC. Falta de *pupila*. En cambio, yo soy el amo.

MONT.-R. ¿Sí? Cuente usted, cuente usted.

FRANC. (*Misteriosamente.*) El lunes... suprimo el nombre ¿eh?

MONT.-R. Claro está.

FRANC. El lunes, la personita en cuestión fué sola á mi casa y...

MONT.-R. ¡Ya!

FRANC. Suprimo el nombre.

MONT.-R. Comprendido. Es la... (*Hace ademán de teclear.*)

FRANC. Yo no he dicho...

MONT.-R. Ni yo. Suprimo el nombre.

FRANC. Ayer mañana salimos á dar un paseo por la playa con otras dos amiguitas. Delante de una caseta estaba Jeremías en traje de baño.

MONT.-R. ¿El pastor?

FRANC. Sí. (*Señalando á la azotea.*) Aquel. ¿Quiere usted que se le presente? me dijo ella. Bien, repliqué yo; y acercándonos: «Reverendo, este caballero y yo nos amamos... ¿Quiere usted bendecir nuestra unión?» A mí me pareció la broma algo pesada; pero Jeremías, que debe ser un guasón de primera, en vez de incomodarse contestó: «Enseguida; ¿son esos los testigos?» —«Sí.» —«¿Quiere usted al señor por esposo?» —«Bueno.» —«Pues hecho; hijos míos á divertirse.» Se metió tranquilamente en el agua y después... ¡la mar! Sólo estos yankees son capaces de divertirse con actos tan sagrados.

MONT.-R. (*Afirmando.*) Pues está usted casado.

FRANC. ¿Yo? ¿Por esa ceremonia acuática?...

ESCENA VI

Dichos y ALEJANDRO *por la primera derecha.*

MONT.-R. (*Señalando á Alejandro.*) Un matrimonio en toda regla, pregúnteselo usted al señor, especialista en chanchullos.

ALEJ. (*Vivamente.*) ¿Divorcio? ¿matrimonio? ¿bigamia?

FRANC. Matrimonio.

ALEJ. (*Riendo.*) ¿Con Miss Betsey?

FRANC. ¿Sabe usted?

ALEJ. Como que es obra mía. Un pastor y dos testigos. Basta.

ROB. (*Que se ha interesado en las últimas palabras, se levanta.*) ¿Cómo?

FRANC. ¡Que me han dado el timo de los perdigones!

ALEJ. Se puede entablar el divorcio. Me ofrezco á gestionarle.

FRANC. ¡A escape! (*Medio mutis.*)

ALEJ. Cuestión de veinte mil dollars.

FRANC. (*Volviendo á escena y quedándose un instante parado.*) ¡Y un jamón! ¡Esa no vuelve á tocar el piano! (*Vase precipitadamente por la segunda derecha.*)

ROB. Evitemos que haga un disparate.

MONT. R. Voy con usted (*Vanse Roberto y la señora de Monte Roca por la segunda derecha.*)

ALEJ. No los perdamos de vista. (*Vase por la segunda derecha. De la azotea desaparecen Jeremías y Elías, marchándose por uno de los costados. En este momento aparece en la azotea Sara, llevando traje de viaje.*)

ESCENA VII

ISABEL, ÁNGELA Y SARA.

ISABEL. ¡Sara!

ANG ¡Prima!

SARA. (*Demostrando abatimiento avanza al proscenio, seguida de Angela é Isabel, se arranca los guantes, que tira sobre una butaca, dejándose caer en ella.*)

ISABEL. ¿Qué te pasa?

ANG. ¿Estás mala?

SARA. No. Dejadme tranquila.

ANG. Voy á avisar al tío que has llegado.

SARA. No, no.. mañana le saludaré.

ISABEL. A tí te ocurre algo No lo niegues.

SARA. (*Despues de vacilar un instante.*) Pues bien.. sí.

ISABEL. A ver. . cuéntanos...

SARA. Os vais á burlar.

ANG. Vamos, habla .. ¿Has venido sola?

SARA. Sola.

ISABEL. ¿Y ese joven? ¿Habeis roto las relaciones? *(Sara hace un signo afirmativo.)* ¿Se ha conducido mal?

SARA. Todo lo contrario... Precisamente por eso huyo de él... he perdido la confianza en mí misma... siento el peligro... su mirada me turba... su contacto me extremece... Por primera vez en mi vida, me encuentro débil ante un hombre... en una palabra...

ANG. Que estás enamorada.. *(Isabel, abatida, baja la cabeza sin contestar.)*

ISABEL. ¡Dios mío!.. ¡pero es vergonzoso!... indigno de una norteamericana... ¿Tendrías el cinismo de casarte por amor? ¡Qué mancha para la familia!...

ANG. *(Mirando hacia la primera derecha.)* Alguien viene.. ¡tu tío!

SARA. *(Levantándose vivamente.)* ¿Cuál es mi habitación?

ANG. Esta. *(Abriendo la primera izquierda.)*

SARA. No quiero verle... se burlaría de mí.. decidle que estoy mala...

ISABEL. Pero mujer...

SARA. Dejadme... *(Vase primera izquierda.)*

ESCENA VIII

ISABEL, ÁNGELA *y* SAMUEL.

(Isabel y Angela se miran un instante con asombro.)

ANG. ¡Es inaudito! *(Viendo á Samuel, que sale por la primera derecha.)* Papá... noticias graves.

SAM. ¿Qué ocurre?

ISABEL. Un desastre. Sara se ha enamorado del joven español.

SAM. *(Tranquilamente.)* ¡Imposible! Después de la educación que la he dado... no lo creo. Habréis oído mal.

ANG. ¡Si ella misma lo confiesa!

SAM. ¿Ella?... ¡demonio! *(Inquieto.)* Pues hay que hacer algo. Eso no tiene precedente en los anales de nuestra casa.

ANG. ¡Qué muchacha tan loca?... ¿Quién podía esperar?

SAM. En fin; dejaremos para mañana el asunto. Después de la elección.

ISABEL. Quizá sea tarde.

ESCENA IX

Dichos y NATHANIEL *por segunda derecha.*

NATH. *(Entrando, envuelto en un gabán de pieles y con aspecto enfermizo. Con voz cavernosa.)* ¡Ténganlas ustedes muy buenas!

SAM. Hombre. ¡gracias á Dios! *(A Angela é Isabel.)* Idos, hijas mías. Necesito hablar con el coronel. ¡Ah! Buscad á Alejandro y contadle lo de Sara. Que él

lo arregle. (*Angela é Isabel vánse por el foro, por donde desaparecen. A Nathaniel.*) Pero, ¿qué cara es esa?

NATH. (*Siempre con voz cavernosa, acompañada de tos profunda.*) ¡La mía!

SAM. Parece usted un ventrílocuo. (*Fijándose en él,*) ¿Y ese gabán? ¿Ha cogido usted algún aire?

NATH. El aire de *Tapplebot City*. Unas calenturas de *primo cartello*.

SAM. Bueno; á lo que importa. ¿Qué se ha encontrado en los terrenos?

NATH. Nada. Al décimo golpe de piqueta me entregué. No pude continuar.

SAM. Mal hecho. ¿Qué quería usted descubrir á flor de tierra? Era preciso cavar, cavar.

NATH. ¡Cavar mi sepultura!

SAM. Pues no admite duda que hay algo en esos terrenos, Nathaniel... Carbón... ó manganeso. ¿Quién sabe? De otro modo, esa mujer no los pagaría tan caros.

NATH. Estará chiflada.

SAM. ¡Sí, chiflada! Sabe más que nosotros. Una así me convenía para sustituir á la difunta. (*A Nathaniel.*) Conviene que vuelva usted á seguir cavando hondo, hondo.

NATH. ¡Un cuerno!

SAM. O que fuese yo mismo.

NATH. Eso me parece mucho mejor. Aconsejo á usted que se lleve buena dosis de quinina.

SAM. Bien, lo pensaré. Respecto á la venta, no sé qué hacer.

NATH. Aprovechar la ocasión. Vender á escape.

SAM. ¿Y si luego resulta que había oro ó plata?

NATH. (*Riéndose á su pesar.*) ¡O billetes del Banco! No sea usted simple.

ESCENA X

SAMUEL, NATHANIEL Y MONTE-ROCA.

MONT.-R. (*Entrando por segunda derecha.*) ¿Vino el coronel?

SAM. Hace un momento. Ahí está. (*Señalando á Nathaniel, que se encuentra embutido en un sillón, ocultando su cabeza dentro del cuello del gabán.*)

MONT.-R. ¿Dónde? (*Mirando.*)

SAM. Dentro de ese gabán.

MONT.-R. (*Riendo.*) ¡Já, já!

SAM Y viene convencido.

MONT.-R. ¿De qué?

SAM. De que las tierras valen diez veces más.

MONT.-R. ¿Diez veces?

SAM. (*Zarandeando al coronel para que le ayude, y aparte.*) (Apoye usted (*Nathaniel levanta la cabeza.*

dando un gruñido, y mira á Monte-Roca con aire embrutecido)

MONT.-R. ¿Y para este final me trae usted de la Ceca á la Meca, haciéndome perder un tiempo precioso?

SAM. Yo. .

MONT.-R. Caballero. Se miran antes las cosas, para no molestar á los demás inútilmente. Esto no es tratar negocios. ¿Somos chiquillos ó personas formales?

SAM. (*Aparte.*) ¡Qué mujer tan admirable!

MONT.-R. En fin, terminemos. Quiere decir que es á treinta dollars el acre. ¿No es eso?

SAM. (*Con resolución.*) Sí.

MONT.-R. (*Con desconfianza*) ¿Definitivamente?

SAM. Definitivamente.

MONT.-R. No hay más que hablar. Venga la escritura. Aquí está el dinero. (*Saca del cabás un fajo de billetes.*)

SAM. (*A Nathaniel, sacudiéndole, y aparte.*) Es más claro que el agua. (*Nathaniel da otro gruñido.*) No cabe duda, hay misterio. (*Alto á Monte Roca.*) Dispense usted. (*Sacando un papel del bolsillo. Monte-Roca le mira con fingida sorpresa*) Antes una pregunta: ¿Ha empezado usted á construir en la finca?

MONT.-R. (*Inquieto.*) No.

SAM. (*Cambia con Nathaniel una mirada de inteligencia, y se sonríe con aire de triunfo.*) Entonces, lo siento mucho. Contrato de venta. Artículo séptimo. (*Leyendo.*) «Si el comprador, en el término de seis meses, no da comienzo á las construcciones, el contrato será nulo, y se le devolverá el precio de venta Usted ha faltado al artículo siete, y, en consecuencia, no sólo no vendo, sino que deshago la operación anterior. (*Sacando un libro de cheques del bolsillo y llenando una hoja rápidamente, mientras la señora de Monte-Roca afecta un aire de consternación.*) Ahí va el dinero. Veinte mil dollars. (*A Nathaniel aparte.*) La aplasté. (*A Monte-Roca.*) ¿Está corriente el *cheque*?

MONT.-R. (*Que ha examinado el papel con detenimiento, y á tiempo de guardarle en el cabás*) Corriente.

SAM. Luego firmará usted el recibo.

MONT.-R. (*Suspirando.*) ¡Adiós mis ilusiones!

SAM. (*Cambiando con Nathaniel una mirada de triunfo; después se acerca á Monte-Roca y le dice con amabilidad.*) Vamos, con franqueza, ahora que ya le es á usted igual: ¿qué ha encontrado usted allí? ¿algo de importancia?

MONT.-R. (*Con mucha tranquilidad.*) De mucha.

SAM. Y NATH. (*Vivamente, acercándose á Monte-Roca con ansiedad.*) ¿Qué?

MONT.-R. He encontrado... he encontrado el medio de recuperar mi dinero y deshacer un timo. (*Samuel y Nathaniel se quedan con la boca abierta.*)

SAM. ¡Buena lección!

NATH. (*Dejándose caer sobre el mueble más próximo, sacando una caja del bolsillo, y de ella una píldora, que toma.*) ¡Quinina!

MONT.-R. (*Mirándolos y soltando una carcajada.*) Donde las dan las toman.

SAM. (*Aparte.*) ¡Cuando yo digo que me conviene esta mujer! (*A Monte-Roca.*) Señora, la admiro á usted tan sinceramente, que, olvidando los perjuicios materiales, desearía que honrase nuestra mesa.

MONT R. Con mucho gusto.

ESCENA XI

Dichos y ALEJANDRO.

ALEJ (*Por segunda derecha, llama aparte á Samuel. La señora de Monte-Roca se acerca á Nathaniel, que continúa embutido en su gabán, y al que se ve durante la escena que sólo la contesta por monosílabos.*) Ya me han contado lo de Sara. Tengo un plan diabólico, que he empezado á desarrollar preparando una entrevista entre ella y Roberto. Isabel y Angela están prevenidas. Jeremías nos espera en el despacho. Allí hablaremos.

SAM. ¿No lo podríamos dejar para mañana? Porque mi elección...

ALEJ. Deje usted eso. Ulyses ha mandado á decir que no se moviera usted de casa; que él corre con todo.

SAM (*Satisfecho.*) ¡Hijo mío! ¿Y los bomberos?

ALEJ. Los bomberos somos nosotros. Apaguemos este fuego. Vamos.

SAM. (*A Monte-Roca.*) Perdone usted. Un asunto que no admite demora me obliga á abandonarla; el coronel la distraerá. (*Entra acompañado de Alejandro por primera derecha.*)

NATH. (*Gruñendo.*) ¡Para distracciones estoy yo!

ESCENA XII

NATHANIEL, MONTE-ROCA, ELÍAS *y* ROBERTO. (*Estos últimos entran por segunda derecha, apenas han desaparecido* SAMUEL *y* ALEJANDRO. *Luego* SARA.)

MONT..-R. (*Al ver á Roberto.*) ¿Y Francisco?

SAM. Más tranquilo.

NATH. (*Levantándose, dice á Monte-Roca.*) Ya tiene usted compañía. Me voy á sudar. (*Váse por segunda derecha.*)

ELÍAS. (*A Monte-Rooa.*) Ayúdeme usted á convencer á este caballero.

ROB. Es inútil. Necesito hablarla. Prometo contenerme.

MONT.-R. (*Haciendo un ademán de duda.*) Lo mejor de los dados...

ELÍAS. ¿Cuándo se penetrará usted de nuestras costumbres y de la frialdad con que aquí se mira todo lo que no conduce á un fin útil?

ROB. Cuando pueda olvidar la hidalguía, la honradez, la generosidad y el decoro distintivo de nuestra raza. (*Señalando á la señora de Monte-Roca.*) O, lo que es lo mismo, nunca.

SARA. (*Apareciendo en la puerta primera izquierda, y con altanería, dirigiéndose á Roberto.*) Acaban de pasarme recado, diciéndome que deseaba usted hablar conmigo.

ROB. Exacto. (*A la señora de Monte-Roca y á Elías.*) Ruego á ustedes...

MONT.-R. (*Aceptando el brazo que le ofrece Elías, y bajo á Roberto.*) Prudencia. (*Vánse hacia el foro. Monte Roca dirige una mirada á Roberto y dice á Elías.*) Nos alejaremos poco. Quizá nuestra presencia pueda hacer falta. (*Desaparecen por la azotea. Roberto avanza hacia Sara que continua en pie desafiándole con la mirada.*)

ESCENA XIII

SARA ROBERTO

SARA. ¿Porqué ese interés en verme? ¿Qué quiere usted?

ROB. ¿Y usted lo pregunta?

SARA. Bien claro demostré al huir que mi objeto era cortar de raiz nuestras relaciones.

ROB. Yo no he podido comprender eso, porque para admitirlo era necesario saber la causa.

SARA. ¿La causa?

ROB. Si. Usted no tenía derecho á concederme cuatro días de embriaguez amorosa para suprimirla bruscamente sin motivo alguno. Si el honor del hombre consiste en no prestar juramento que no mantenga, el de la mujer estriba en no dar esperanzas que no realice. Esa es la probidad del corazón, y lo que usted ha hecho conmigo ni es honrado, ni es leal, ni es digno.

SARA. ¡Caballero!

ROB. Yo he puesto cuanto ha estado en mi mano para agradar á usted. No la amaba ni la amo. Usted fué quien me permitió, casi me ordenó, que la amase.

SARA. Y entonces ¿qué espera usted de mí?

ROB. Todo lo que usted me ha autorizado á esperar.

SARA. ¿Yo? Nada.

ROB. ¿Cómo?

SARA. Nada, repito. Era una prueba para conocernos antes de formalizar nuestras relaciones. La prueba se hizo. ¿Y si no me basta? ¿Y si no quiero que continúe?

Rob. ¿Y si lo quiero yo?

Sara. He llegado hasta donde me proponía. No me conviene dar un paso más.

Rob. ¡Siempre el cálculo!

Sara. Hubo un momento en que creí desfallecer. Por fortuna pasó. Ahora ya no temo. La reflexión se ha impuesto á las ridiculeces del cariño.

Rob. Contaba con ello. A usted no podían guiarla nobles impulsos. Tan solo la codicia y la vanidad: mi dinero y mi título.

Sara. Y algo más, el corazón tal y como nosotros lo concebimos, pero corazón al fin.

Rob. ¡Corazón! No profane usted esa palabra. ¿Qué garantías tengo yo de haber interesado una sola de sus fibras? ¿Esos cuatro días de locura? No prueban nada.

Sara. Efectivamente.

Rob. Pero á qué molestarnos buscando los puros goces de un cariño verdadero. ¡Jamás tuve tal pretensión! Exijo mucho menos, porque, sépalo usted, lo exijo *(avanzando hacia Sara que retrocede)* como justo premio á mis torturas. *(Cogiéndala una mano que ella retira retrocediendo asustada.)*

Sara *(Deteniéndose tras un mueble.)* Si dá usted un paso más, llamaré.

ESCENA XIV

Dichos, Alejandro, Samuel y Jeremías *que aparecen en la puerta primera derecha.*

Despues Monte Roca *y* Elías *por el foro.*

Sam. *(Con mucha tranquilidad y tosiendo.)* ¡Ejém, ejém!

Rob. Sara. *(Volviéndose sorprendidos)* ¡Ah!

(Roberto mira á su alrededor sin comprender.)

Sam. *(Tranquilamente presentándose.)* Samuel Tapplebot, joven, tío de esa señorita.

Rob. *(Mirando á Sara y asaltado por una sospecha.)* ¡Sara!

Sara. *(Con frialdad.)* No se que significa...

Sam. *(A Sara.)* Ya lo sabrás. *(Aparecen Monte Roca y Elías en el foro.)* El señor es razonable y todo lo arreglaremos amistosamente.

Alej. Se trata de regularizar una situación equívoca.

Sam. *(Señalando á Jeremías.)* Con la ayuda del reverendo.

Jer. *(Inclinándose.)* Mensajero de paz.

Rob. *(Indignado.)* ¡Una encerrona!

(Sara hace un movimiento de alegría.)

Sam. *(A Sara.)* Déjanos, Sara. *(Señalándole primera izquierda, por donde desaparece Sara.)*

Alej. *(A Roberto.)* Véamos. ¿Quiere usted casarse con la señorita *Tapplebot?*

ROB. (*Con desprecio.*) Ni pensarlo.

SAM. ¿Nó?

ROB. (*Con energía.*) Nó. (*Hace ademán de marcharse.*)

SAM. Dispense usted... en este país el honor de las jóvenes solteras tiene su precio, y cuando se les ha dado palabra de casamiento y no se cumple es preciso pagar.

ROB. Corriente. Discutamos el valor de esa mercancía.

SAM Ya sabía yo que esto había de terminar amigablemente. (*A todos*). Sentémonos. (*A Alejandro*). Escriba usted. (*Se sientan todos menos Roberto y la señora de Monte Roca que se acerca á él*).

MONT.-R. (*Aparte á Roberto*). Una palabra. Puesto que la entrevista va á tener carácter amistoso ¿Lleva usted revólver?

ROB. ¿Para qué?

MONT.-R. Aquí es indispensable. Tenga usted el mio. (*Sacando un revólver del cabás*). Y al primer movimiento del abogado...

ROB. ¿Un asesinato?...

MONT.-R. En este país no los hay. ¡Qué rutina! Heridas más ó menos graves que producen la muerte por imprudencia... ó accesos de locura momentánea; total, un pleito fácil de ganar comprando la sentencia.

ALEJ. (*Sentado á la mesa y disponiéndose á escribir*). Decíamos que la solución matrimonial queda desechada.

SAM. (*Con dulzura*). No insistamos, cada uno tiene su manera de pensar.

ALEJ. Sin duda. Por lo tanto, sólo nos resta fijar la indemnización de común acuerdo.

MONT.-R. (*Aparte á Roberto*). Déjeme usted á mí. (*Coje una silla y se sienta cerca de la mesa. Roberto se sienta también. Alto*). Antes de discutir cantidades es necesario demostrar el derecho á reclamarlas.

SAM. (*Señalando á Roberto*). Hablamos con el señor...

MONT.-R. Que me nombra su abogado de igual manera que usted tiene el suyo. (*Señalando á Alejandro*).

SAM. (*Desconcertado*). ¡Ah!

MONT. R. Demostremos el derecho, repito.

ALEJ. Es innegable. Consta que en el vapor se cambiaron entre mi defendida y la parte contraria, palabras, sonrisas y miradas galantes.

MONT.-R. Supongo que todo eso será gratis.

SAM. (*Incomodado*). ¿Gratis?... ¿Las sonrisas de mi sobrina?... ¿La amabilidad de una *Tapplebot*? ¿Gratis? ¿Un artículo de mi casa? Eso no tiene precio.

MONT.-R. Ninguno. Esos desahogos son libertades. Moneda corriente entre ustedes que nadie tiene obligación de pagar. Si usted como americano lamenta ese derroche de fuerza improductiva, pida al Congreso que vote una ley estableciendo tarifas amoro-

sas. Tanto por saludar á una joven, tanto por abrazarla, tanto por darle un beso... y que se anuncie en los sitios públicos para que los extranjeros sepan á qué atenerse... tanto por carrera, tanto por hora, como los coches de alquiler.

Sam. ¡Canastos! Pues es una gran idea.

Mont.-R. Se la regalo. Queda probado que no debemos nada respecto á ese extremo.

Sam. (*Aparte asombrado*). ¡Qué mujer!

Alej. Sea. Pasemos á otro punto. El escándalo.

Mont.-R. ¿El escándalo?

Alejan. Sí. El lunes por la tarde ante testigos, nos raptaron ustedes.

Mont.-R. Al contrario, los raptados fuimos nosotros.

Alej. Perdone usted.

Mont.-R. No admito.

Sam. Bueno lo fueron los dos. ¿Y las consecuencias?

Alej. Eso es. Cuatro días en *Saratoga*, en una intimidad...

Mont.-R. De mutuo acuerdo, pacto sinalagmático. ¿Qué han han entregado ustedes que no se les haya devuelto en equivalente?

Sam. ¡Vaya una teoría!

Alej. Esas son distinciones escolásticas. Al asunto. Reclamamos una indemnización, ni más ni menos.

Sam. (*Con energía*). Ni más ni menos.

Mont.-R. ¿Basada en qué?

Alej. Por daños y perjuicios.

Mont.-R. ¿Dónde está el daño?

Sam. (*Dirigiéndose á Roberto*). En que el marqués...

Mont.-R. (*A Roberto*). Le prohibo contestar. (*A Samuel*). Diga usted, ¿qué ha perdído su sobrina?

Sam. La consideración social compromotida por la palabra de casamiento que le dió el acusado.

Mont.-R. ¡Falso! (*Se levantan todos indignados*).

Sam. (*Avanzando hacia Monte Roca*). ¡Eh!

Mont.-R. ¿Tienen ustedes una carta, un escrito cualquiera que lo demuestre?

Sam. ¡No!

Mont.-R. Entonces.

Sam. (*Furioso*). ¡Y esto se va á quedar así! ¡Ah, Tomás' Tomás! ¿por qué no bajas? (*Elevando sus brazos al cielo*).

Mont.-R. ¿Quién es Tomás?

Sam. (*Con una brusca transición. Tranquilamente*) Mi hermano. (*Señalando al cielo*). Allá arriba. (*La puerta primera izquierda se abre lentamente y aparece en ella Sara, que escucha lo que sigue.*)

Alej. (*A Monte Roca*). Está bien. Pleitearemos.

Mont.-R. Y perderán.

Sam. Demostraremos la promesa,

Mont.-R. ¿Con qué prueba?

ESCENA XV

Dichos y SARA

SARA. Con esta. (*Todos se vuelven sorprendidos hacia ella que muestra el carnet donde escribió Roberto en el acto segundo*).

SAM. (*Con satisfacción*). ¡Ah!

ALEJ. (*Idem*) ¡Vencidos!

MONT.-R. (*A Roberto asombrada*). ¿Eh? ¿Cómo?

SARÁ. El marqués olvidaba sin duda... Espero que no negará su firma.

MONT.-R. (*A Roberto*). ¿Es decir, que he perdido el tiempo?

ROB. No recordaba... un *carnet* de baile... quien podía esperar... pero ella... ¡infame!

SARA. (*Leyendo con mucha calma*). Dice así: «Amo á Sara *Tapplebot* con intención de hacerla mi esposa.»

SAMUEL. (*Muy satisfecho y estrechando á Alejandro la mano*). ¡Su esposa! (*Durante lo que sigue Monte Roca se va acercando cautelosamente á Sara*).

SARA. (*A Roberto*). ¡Escrito y firmado de su puño y letra, y aunque con lápiz, basta para que nuestras leyes le condenen como seductor y como insolvente.

MONT.-R. (*Arrebatándole á Sara el carnet*). ¡Miserable!

SARA. (*Dando un grito*). ¡Ah! (*Monte Roca entrega el carnet á Roberto*).

ALEJ. (*Avanzando. Amenazador hacia Roberto*). Ese documento nos pertenece.

ROB. (*Avanzamdo también*). Venga usted por él.

SAMUEL. ¡Esta mujer es el cólera! ¡Lástima de negocio!

ROB. (*A Alejandro*). Señor mio, si usted supone que no estoy dispuesto á darle todo género de explicaciones en otro terreno, se equivoca. Comprendo que esto es obra suya, y le tengo por un canalla sin decoro.

ALEJ. (*Avanzando. Samuel y Jeremías le contienen*). ¡Caballero!

SAMUEL. ¡Alejandro!

ROB. Estoy á sus órdenes. (*Monte Roca y Elías contienen á Roberto*).

ALEJ. ¿Un duelo en América? No somos tan simples.

ROB. ¿Rehusa usted batirse?

ALEJ. Desde luego.

ROB. ¿Aunque yo le?.. (*Haciendo ademán de pegarle. Elias le detiene.*

ALEJ. Hágalo, y veremos lo que resulta.

SARA. (*A Alejandro.*) Desprecie usted esas provocaciones hechas en público.

ALEJ. Tiene usted razón. (*A Samuel.*) Samuel, si me necesita, en el jardín estoy. (*Con intención. Váse por el foro, seguido de Jeremías.*)

ROB. ¡Cobarde! Yo te obligaré.,. (*Váse por el foro, sí á Alejandro.*)

ELÍAS. (*A Monte-Roca.*) Debemos evitar una desgracia. Alejandro es hombre de cuidado.

MONT.-R. Sí, sí, vamos. (*Dirigiéndose hacia el foro, acompañada de Elías.*)

SARA. (*Con frialdad.*) Apuesto por mi compatriota.

MONT.-R. (*Mirándola con indignación.*) ¡Vaya usted al diablo con todos los *Tapplebots.* (*Desaparece con Elías por el foro.*)

ESCENA XVI

SAMUEL *y* SARA. *Luego* ROBERTO.

SARA. Sara, entra en tu cuarto.

SARA. ¿Por qué?

SAM. Es muy fácil que esto acabe mal. (*Se oyen dentro dos tiros.*) ¿Lo ves? Anda. (*Empujándola hacia la primera izquierda.*) Tráeme unos gemelos. (*Frotándose las manos. Sara váse Samuel entra tras ella, y se queda observando, con la puerta entreabierta.*) Va á ser un combate muy interesante. ¡Ah! ¿no apostabas por Alejandro? Pues te juego cinco dollars á favor del otro.

ROB. (*Aparece en el foro revólver en mano y avanzando de espaldas.*) ¡Bandido! (*Nuevo disparo dentro. Roberto, ocnltando el cuerpo en algún detalle de la decoración, dispara á su vez.*)

SAM. (*Mirando con los gemelos.*) Diez dollars.

ROB. Le he visto caer. ¿Habré acertado? (*Mirando con precaución hacia el foro, donde se oyen voces cónfusas.*) Sí, si, corren á levantarle!

SAM. (*A Roberto, sin moverse de la puerta.*) Marqués, defiéndame usted el dinero.

ESCENA XVII

Dichos En seguida FRÁNCISCO; *luego, sucesivamente,* MONTE-ROCA, SARA. ÁNGELÁ ISABEL, ELÍAS, ULYSES *y* GYP.

FRACN. (*Entrando precipitadamente por segunda derecha.*) ¿Qué es esto, alguna batalla?

SAM. ¡Chist! No le distraiga usted...

ROB. Un sinvergüenza menos.

MONT.-R. (*Entrando por el foro, á Roberto con ansiedad.*) ¿Ileso?

ROB. Sí ¿Y mi contrario?

MONT.-R. Herido en la pierna derecha.

SAM. Gané. (*Saliendo á escena, seguido de Sara, y dirigiéndose á Roberto.*) ¡Bravo, joven, bravo! Me ha sabido á poco. (*Roberto hace un signo de desprecio*)

SARA. (*A Roberto.*) Felicito á usted. Excelente puntería.

ROB. (*Con indiferencia.*) Digna de mejor blanco. (*Entran Angela é Isabel por el foro.*)

ANG Pobre Alejandro. Le están curando en la cuadra.

ISABEL. No hemos querido verlo.

ELÍAS. (*Por el foro*) Vengo de parlamentario. El herido ofrece vender su silencio, si usted le paga mil dollars á treinta días Al contado hará el diez por ciento de bonificación.

ROB. Acepto á treinta días.

SAM. ¡*Hurrah!* (*Elías vuelve á marcharse por el foro.*)

FARNC. Yo he negociado á plazos con *Miss Betsey*.

MORT.-R. ¿El divorcio?

FRANC. Sí. Mil quinientos dollars, bien regateados. Punto final, y lo pasado... pasado. (*Roberto y Monte-Roca se estrechan la mano. Angela, Isabel y Sara forman grupo. Samuel, que va á acercarse á ellas, atiende al personaje que entra.*)

GYP. (*Por la segunda derecha precipitadamente y gritando.*) ¡Victoria! ¡Victoria!

SAM. ¿Ganada la elección?

GYP. Por completo. Los bomberos pusieron en fuga á nuestros enemigos, soltando las mangas. ¡Qué triunfo!

SAM. ¿De modo que soy consejero?

GYP. Consejero padre.

SAM. ¿Padre?

GYP. Sí. El elegido es Ulyses. Estuvo tan elocuente que con un simple cambio de anuncios sustituyó á usen la candidatura.

SAM. ¿Y yo pago las costas?

ULYSES. (*Entrando por la segunda derecha.*) Naturalmente. ¿Se puede pedir más?

SAM. (*Abrazando á Ulyses.*) ¡Sabes andar solo, hijo mío! (*Todos felicitan á Ulyses, menos Roberto, Francisco y Monte-Roca, que forman grupo aparte.*

ROB. ¡Qué frescura!

SAM. Puesto que todo me sale mal, voy á jugar la última carta. (*A Monte-Roca.*) Si la señora de Monte-Roca me quisiera por esposo...

MONT.-R Declino tanto honor.

SAMUEL. ¿Tampoco? ¿Por qué?

MONT.-R Porque dice un refrán de mi tierra «que no se hizo la miel para la boca del...

SAMUEL. Gracias. Me he lucido. No doy pie con bola.

FRANC. A cada yankee le llega su San Martln.

ROB. Huyamos de esta atmósfera mercantil que me asfixia (*A. M. R. y Francisco*).

SARA. (*A Roberto*). ¿Marcharse? ¿Y nuestra cuenta?

ROB. ¡Ah! insiste usted. (*Sacando un fajo de billetes que le arroja*). Ahí va, y si no es suficiente, páseme usted la factura: abonaré el resto. Odioso país donde la honra de la mujer se tasa en un puñado de monedas. (*A todos*). Antro de bandoleros, cana lla grosera, raza de hipócritas, plebeyos enriquecidos, mercaderes sin conciencia, Quedáos en

vuestra jaula dorada, imperio de todos los vicios, mal encubiertos con antifaz de virtudes Yo os escupiría al rostro si no temiese haceros demasiado honor. Vamos, amigos míos, el aire ds nuestra patría nos purificará de los miasmas respirados en este lugar inmundo. (*Avanzan los tres hacia segunda derecha*).

SAM. Pero...

FRANC. (*Volviéndose*) Adiós reyes del tocino ¡Viva España!

(*Vánse Monte Roca, Roberto y Francisco, todos los demás personajes quedan formando un grupo en primer término izquierda en actitud de desconcierto y abatimiento.—El telón baja lentamente*),

FIN DE LA COMEDIA

PUNTOS DE VENTA

DE LOS

EJEMPLARES PERTENECIENTES Á ESTA GALERÍA

MADRID

Librerías de los Sres. Hijos de Cuesta, Carretas, 9; Fernando Fé, Carrera de San Jerónimo, 2; Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6; M. Murillo, Alcalá, 7; Manuel Rosado, Esparteros, 11; Gutenberg, Príncipe, 14; Simón y Compañía, Infantas, 18; Escribano y Echevarría, Plaza del Angel, 12; Viuda de Hernando, Arenal, 11, José María Faquineto, Olivar, 1; Miguel Guijarro, Preciados, 5; Perdiguero, San Martín, 6; Victoriano Suárez, Jacometrezo, 72; Saenz, de Jubera, Hermanos, Campomanes, 10.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta Casa Editorial, acompañando su importe en letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR

En casa de los representantes de esta Galería.
LISBOA: Juan M. Valle, Rua Nova de Carmo, 45 y 47.
HABANA: Manuel Durán, Oficios, 40.
BUENOS AIRES: Landeira y Compañía, Libertad, 16.

Archivo musical

Se facilita en venta y alquiler todo el repertorio de zarzuelas y óperas para grande y pequeña orquesta.

GREDA, 15, BAJO